



COMIENZO DEL AÑO ESCOLAR

(Fotografía Juan Caruso)

Expresión de promesas y esperanzas, con el bagaje de la alegría infantil y de la atención despierta, estos niños —imagen de todos los niños uruguayos— concurren presurosos a la iniciación de los cursos escolares.

"Cual la causa de que nuestra patria, quizás el teatro más hermoso que la Providencia ha podido ofrecer a la industria del hombre, sólo haya servido para sus hijos de sangriento circo a luchas las más bárbaras, las más atroces y fratricidas".

"...los triunfos en la guerra civil nunca han sido el triunfo de la patria y de la libertad, sino el de algún hombre y su cortejo sobre todos los demás que candorosamente hayan concurrido a la elevación de uno de muchos tiranuelos, para que se repartan los despojos de la tierra clásica de las desgracias y sufrimientos: traicionando el programa ofrecido a los pueblos, si es que al ofrecerlo ya no estaba traicionando en su corazón".

Facundo Zuviria.

NO existen en la geográfica inmensidad del Nuevo Mundo dos naciones más íntimamente hermanadas que el Uruguay y la Argentina.

Ambos pueblos constituyen una misma gran familia espiritual asentada sobre el ámbito político de dos soberanías.

Sus viejos lazos de consanguinidad social se entrecruzaron ya a partir de la fundación de Montevideo, comienzos de nuestra vida ciudadana. Es que desde la época hispana el humano y común tributo

Sensacional nueva fórmula!

...que reúne en un
polvo facial

Mágicos colores...

Adherencia
perfecta

Suavidad
de
pluma!



ATKINSONS
Pólv. Facial
"SUAVIZADO"

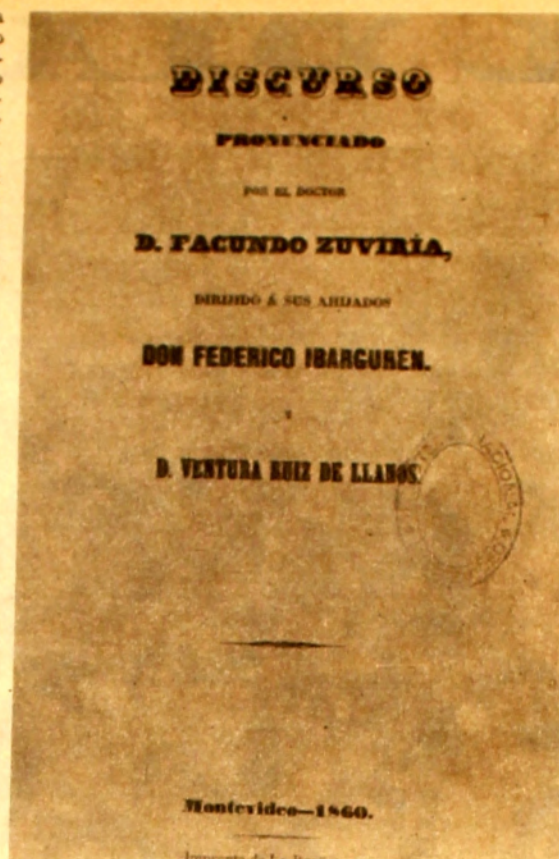


Pruébelo hoy!

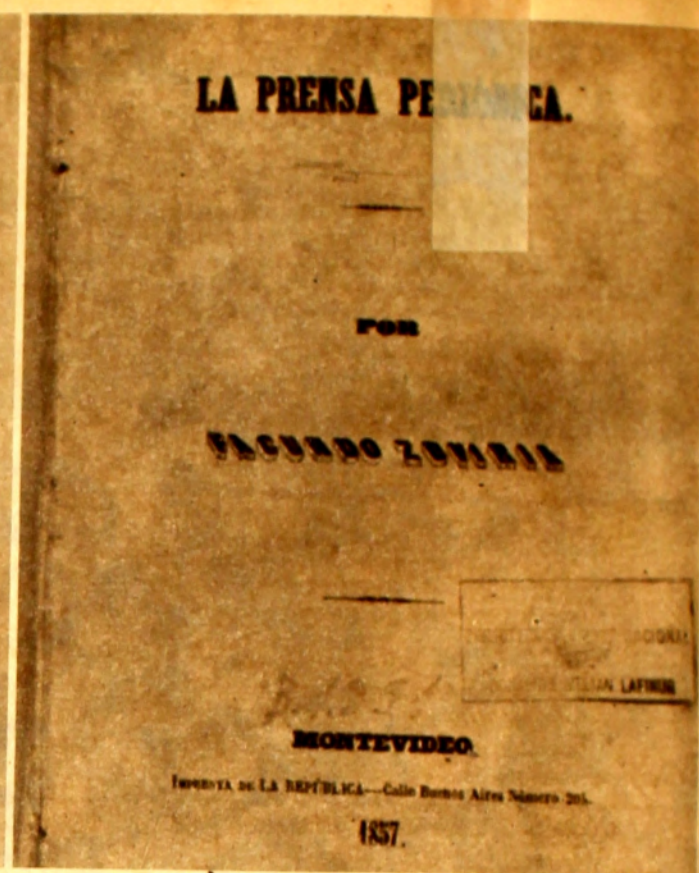
Su fórmula moderna posee todas las cualidades que Ud. siempre deseó en un polvo facial... y le dará la seguridad de ser más hermosa, más atrayente, envuelta en un halo de intenso y seductor perfume!

Al adquirirlo, elija
"su" tono en el novedoso muestrario de colores.

PF-U-2



Portada del folleto con el discurso del doctor Facundo Zuviria a sus ahijados, los estudiantes argentinos Federico Ibarguren y don Ventura Ruiz de Llanos, ex-alumnos del Colegio de Urquiza, Concepción del Uruguay, doctorados en Montevideo, 1850.



Carátula del folleto "La Prensa Periódica", que el doctor F. Zuviria publicó en Montevideo, 1857.

VOZ Y PRESENCIA DE FACUNDO ZUVIRIA EN MONTEVIDEO

de sus generaciones fué enhebrando vínculos para entretejer la urdimbre forjadora de idéntica conciencia moral en la proyección de sus estirpes.

La sociedad del Plata se gestó en aquellos lejanos tiempos y en el alvéolo primigenio hendió sus fraternas raíces. Unida asiste a la pugna redentora de la revolución bajo el iluminado signo de una misma y exaltada pasión de libertad y estará presente en la sangrienta hecatombe de la Nueva Troya, salvadora de la dignidad nacional de ambas patrias.

Quizás no haya un hogar en la tradicional ralea del Plata que no ofrezca entre sus ancestros la presencia creadora de aquellos vínculos.

Estirpes uruguayas vieron nacer su prole en el solar de Mayo y cuantos argentinos abrieron sus ojos a la luz de nuestro cielo, tan blanco y celeste como el de sus mayores.

Geología semejante, ríos comunes que marcan sus fronteras y el soplo turbulento del Pampero que abraza orillas en el ímpetu alado de sus ráfagas.

Son potencias magistrales que vienen de una misma y profunda realidad telúrica y sellan, en su vasta cuenca, la recia personalidad de los dos pueblos.

Y será siempre lección oportuna para la juventud de todos los tiempos evocar aquellas páginas del pasado, ellas tienden al porvenir su hábito de esperanzas, y son, en suma, voces que nos llegan muy de lejos camino al infinito.

Nada avasallará el histórico destino y la humana misión de estas patrias.

Nada pudo el genio criminal de Juan Manuel de Rosas y nada podrá jamás la desatada furia de los tiranos que quisieran silenciar el espíritu y la conciencia democrática del Uruguay que recoge hoy, como ayer, y hace otra vez suyo el íntimo y trágico dolor del gran pueblo argentino, y lo proclama a todos los vientos para estigma y eterno escarnio de quienes ultrajan la tierra de Sarmiento.

Fué en horas de intensa incertidumbre nacional cuando el Dr. Facundo de Zuviria se alejó de su tierra argentina a la que siempre le había entregado los óptimos frutos de su espíritu y preclaro talento político.

Mediaba el año de 1855 cuando el ilustre ex presidente del H. Congreso General Constituyente de Santa Fe arrebatado por oscuro turbión de inicuo personalismo partidario procura en el exilio la seguridad y el escenario de paz y olvido

para sobrellevar el drama de su vida.

No era ésta, por cierto, la primera vez que el Dr. Zuviria se alejaba de su tierra natal. Larga y fecundísima había sido su estadía en Bolivia donde se amparó en 1841.

El Dr. Facundo Zuviria dejó la ciudad de Paraná, camino del destierro, en el mes de setiembre, y en carta que dirige a sus hijos les expresa, con íntimo y acongojado sentimiento su resolución de expatriarse. Azotan el corazón del patricio tremendas angustias.

"Tanto por mi descanso, cuanto porque ya no puedo sufrir tanta y tan obstinada persecución, he resuelto de consejo universal —dice— irme a Montevideo hasta que Dios mejore sus horas para mí. No puedo habitar con descanso ni seguridad en un solo punto de la República Argentina. Temo... Alfuera tengo libertad, pluma y prensa. ¡Qué tal después de 42 años de asiduos y gratuitos servicios a mi Patria! ¡Tener que ir a buscar en mis últimos días la seguridad, el descanso o el olvido que no me ofrece el País por el que me he sacrificado!"

Instalado, con su hijo José María, en casa de una familia argentina, el Dr. Facundo Zuviria encontró, de inmediato, en nuestra ciudad, la más amplia, cordial y sincera acogida.

"Toda esta capital incluso su Clero —dice— me han llenado de honor y de las mayores consideraciones, que cuando menos sirven de consuelo en las horas amargas".

La estadía del Dr. Zuviria en Montevideo se prolongó por espacio de seis años que él dedica con profunda intensidad intelectual, a sus estudios literarios y filosóficos, de tal suerte que pocos meses después de su arribo la prensa local se honraba editando los escritos del político argentino.

En enero de 1856, en nueva carta que envía a sus hijos explica, con sentida emoción las ocurrencias más notables de sus días en Montevideo, lamentando únicamente su soledad y el lejano convivir fuera de su hogar sañeño.

"Si fuera posible ser feliz fuera del hogar doméstico y seno de la familia, pasaría buenos días en esta bella ciudad, por su temperamento, comodidades, intermediación a Europa, atención de sus gentes, independencia de toda política... Pero de nada se goza si el corazón no toma parte en los goces, y no los goza con los suyos. Así me sucede: vivo leyendo y escribiendo.

Os adjunto el N° 1 de ese Periódico Merc.º Uruguayo en que está un art.º en honor mío. Sin costo me van a publicar en un tomo todos mis cuadernos. También le remito un cuaderno que contiene algunos artículos míos y que se imprimen en la Biblioteca del Mercurio, el periódico que aquí goza de más crédito. También os remito dos ejemplares de su primer número en que, sin conocer yo personalmente a sus Editores, me honran con el título del Catón Argentino.

También os remito un número del Universal, periódico de aquí, en que se ha impreso un discurso improvisado que pronuncié en el grado público de un joven Castellanos, pariente nuestro e hijo del Sr. dn. Flarentino Castellanos, la primera categoría de este País. Cortesio que me sorprendió porque fué ante más de 1000 personas hombres y mujeres de la 1ª clase de este Pueblo.

Mientras he conservado esperanzas de la paz y unión con Bs. As. y de nuestra integridad nacional, por la que tanto he trabajado y tanto me cuesta, mi espíritu se ocupaba de la política Argentina. Mas hoy que he perdido aquellas, he quedado como el que cansado de luchar con las olas embravecidas se convence de su impotencia y se abandona a la corriente y al naufragio. Ya he hecho cuanto podía y más de lo que debía. Basta".

Esta interesante misiva familiar merece expreso comentario y cabe decir que las últimas y melancólicas palabras del viejo y romántico constitucionalista norteno denuncian la crisis moral que afligía su ánimo. Pero la carta debe ser anotada para destacar otros aspectos merecedores de particular consideración. El artículo en honor y elogio del Dr. Zuviria refleja la respetuosa simpatía que le rodeaba, y en ese mismo número del Mercurio Uruguayo, de febrero de 1856, figura la primera entrega de la Biblioteca del propio periódico con un breve y significativo escrito del doctor Zuviria: "Amor a la tierra natal".

En suma, el Mercurio editó en su folletín Biblioteca, cinco estudios del antiguo periodista provinciano y todos sobre temas sociales, sus títulos, a más del antes citado, son: "Del buen sentido", "Egoísmo", "Empleomanía" y "Reflexiones sobre la calumnia", redactado en 1854, más otro artículo, "Del Espíritu de Partido", transcrito a toda página y en tres números sucesivos. El acto público de grado del señor José María Castellanos se cumplió

En aquel mismo mes de febrero de 1856 el discurso del Dr. Zuviría, editado en el *Universal*, es preciosa página literaria en la que su autor destaca el papel de la cultura universitaria entre la juventud. Y debo decir, ahora, que es altamente significativo señalar cómo los más modernos y eminentes biógrafos de Facundo Zuviría — D. Miguel Solá y Jacinto R. Faben — han silenciado su estada en Montevideo.

Tan honda repercusión tuvo en el espíritu del prócer argentino la acogida que le dispensó la sociedad uruguaya que en noviembre de aquel mismo año de 1856 resuelve fijar definitivamente su residencia en nuestra tierra.

"Supuesta esta resolución — dice — necesito ocuparme de algo para vivir. En mi edad, mi posición social, etc., la ocupación más compatible con ella es la de dictar una o dos cátedras de ciencias filosóficas, morales o políticas. Mis recursos se van agotando y antes que se concluyan, necesito empezar a ganar algo".

Hombre de profundas convicciones católicas, prestó entonces a la causa de sus grandes amores ideológicos preferente atención intelectual. En tal sentido dió a publicidad en el *Comercio del Plata* un extenso discurso acerca de las "Hermanas de Caridad" y comenzó en diciembre de aquel mismo año de 1856 la redacción de un opúsculo sobre el elemento religioso, en el que "habrá — dice — un extenso capítulo sobre Misiones y Misioneros como primer elemento o primer escala de la civilización. Deberá ser extenso; tengo muchos materiales, entre los que es el primero mi convicción íntima, sobre la necesidad de su adopción en nuestra Patria".

Dedicado en absoluto a las más severas disciplinas del espíritu, esfera exclusiva de su actividad, fué el Dr. Zuviría conquistando la respetuosa consideración de todos y a tal grado llegó el prestigio de su personalidad que en carta datada en marzo de 1857 podía comunicar, con íntimo orgullo, estas honorables expresiones:

"Te repito que fuera de la privación de la familia y sucesiva extenuación de mis pobres recursos, en todo lo demás lo paso muy bien; aunque retraído en mi casa, sé que este Pueblo me dispensa las más altas consideraciones, y que mi nombre es un nombre de respeto ante todos, y que de esta reputación participan mis hijos".

Entre los meses de abril a julio de 1857 el Dr. Zuviría se radica en Colonia del Sacramento para escapar de la fiebre amarilla que azotaba Montevideo. De retorno a la capital vuelve a su labor intelectual y en octubre de ese mismo año el general D. Venancio Flores le hace objeto de extraordinario homenaje familiar: lo designa padrino de óleos de uno de sus hijos. En carta que escribe el día 4, apunta interesantes noticias.

"Esta mañana me tomó en cama el Sr. General Flores, ex presidente, y me dijo: He tenido 15 hijos; de 14 ha sido padrino mi hermano; del décimo 5º

quiero que lo sea Ud. Ruego a Ud. aceptar esta molestia como la prueba de mi amistad y de ser el hombre cuyo carácter y nobleza me ha inspirado más confianza en esta vida. He aceptado con gratitud, aunque con el sentimiento de que mi nombre para nada y por nada salga de la oscura nube en que lo quisiera tener envuelto".

En ese mismo mes de octubre de 1857 vió en letras de molde su estudio sobre *La Prensa Periódica* en el que analiza, con claro espíritu crítico, cuanto se relaciona con la libre expresión escrita del pensamiento y el periodismo. Comenta los defectos de la legislación vigente argentina y señala normas de futuro para establecer, sobre bases firmes tan preciosa conquista del hombre moderno.

En carta que redacta el día 24 al comunicar a los suyos éste y otros acontecimientos de su vida, les dice:

"Imprimí el opúsculo sobre la *PRENSA PERIODICA*. Era natural que Gómez aquí y Sarmiento en Bs. As. me atacasen. Los demás de aquí o de allí, o han callado o dirigido excesivos elogios que los estimaría Lamartine. Los personajes más distinguidos de ésta, nacionales y extranjeros, me llenan de cartas en igual sentido. Me han pedido permiso para su traducción e impresión en Europa. Dos Ministros extranjeros la han mandado oficialmente a su Corte pidiendo a su Gob.º la traducción e impresión".

Por esa misma carta nos enteramos que continúa escribiendo, con exaltado entusiasmo, su obra del principio religioso como elemento político, social y doméstico, libro que aspira legar a sus hijos como su "último trabajo serio y provechoso". Pero agitado por misterioso impulso el Dr. Zuviría empieza a compilar sus trabajos literarios, aun los anteriores a su célebre discurso pronunciado en Bolivia ante el féretro del Arcediano Gorriti, para mandarlos editar en Francia. Y a esa fecunda labor le dedica todas las horas posibles. "desde las siete de la mañana hasta las 10 o 11 de la noche, no me alcanzo a mí mismo. Soy muy solo, muy solo", exclama.

A mediados de 1859 el Dr. Zuviría pone término a su estudio del "Principio Religioso". Era su grande y anhelante preocupación... Extraña urgencia lo acusaba... y ante ese llamado sin horizontes fué encendiendo, con luminosa afección, aquellos días de su noble ancianidad y entonces escribe estas líneas que trasuntan la colmada ansiedad de su alma.

"Hacen cuatro días que concluí mi obra del Principio Religioso... Estoy satisfecho de mi trabajo, ya por mi propia convicción como aun por el juicio de los que han leído parte de él. Por la naturaleza del escrito es el último esfuerzo y resumen de mis convicciones religiosas que quiero legar a mis hijos, ya que no tengo otra cosa que dejarles". Respecto de sus obras completas — en dos tomos — que ya titula "Discursos morales o filosóficos" y "Discursos políticos" no tiene apuros, y con admirable serenidad expresa: "la publicación de esto será obra de Uds. o posthumas mías".



Retrato del doctor don Facundo Zuviría, época de su estada en Montevideo, 1855-61.

En esas horas de íntimo regocijo espiritual la desatada contienda civil argentina vendrá a enlutar su corazón y le hace pronunciar estas palabras cargadas de amargura:

"La guerra civil entre Bs. As. y la Confederación la creo sangrienta, desoladora... He aquí, hijo mío, lo que yo quise evitar desde que llegué a Santa Fe: relé mi primera moción de paz y todos mis discursos en el Congreso y toda mi política en la Confederación: toda ella tendiente a evitar la presente

situación... Algún día se hará justicia a mis previsiones y a toda mi conducta política, y me la harán por igual ambas partes beligerantes cuya marcha exaltada he reprobado por igual en el silencio y retiro de mi gabinete! Dios salve a mi Patria y a mis hijos en la presente lucha".

Y así se fueron clausurando sus días... soledad, miseria y hondas tristezas en su patricio corazón, y en sus labios la oración que cae silenciosa para unir, en la íntima ronda de su lejano hogar en sombras, el nombre sagrado de la Patria amada y el recuerdo de sus hijos...

Y tal como él lo quiso todo se cumplió...

En 1861 el Dr. Facundo Zuviría vende sus pocos libros para costear su retorno a la soleada tierra de sus amores... no tiene bienes y no quiere dejar deudas y escribe estas palabras que guardan, en su expresión literaria, la divina grandeza de las cosas eternas:

"Ulises sólo pedía a todas las repúblicas de Grecia a que había servido, el que le costeasen la vuelta a su pobre ciudad de Ytaca. Yo, con mayor derecho y verdad que él, p'ía pedir siquiera eso a mi Patria; pero no lo haré ni le admitiré sino el aire, la tierra y el agua para mi tránsito hasta Salta.

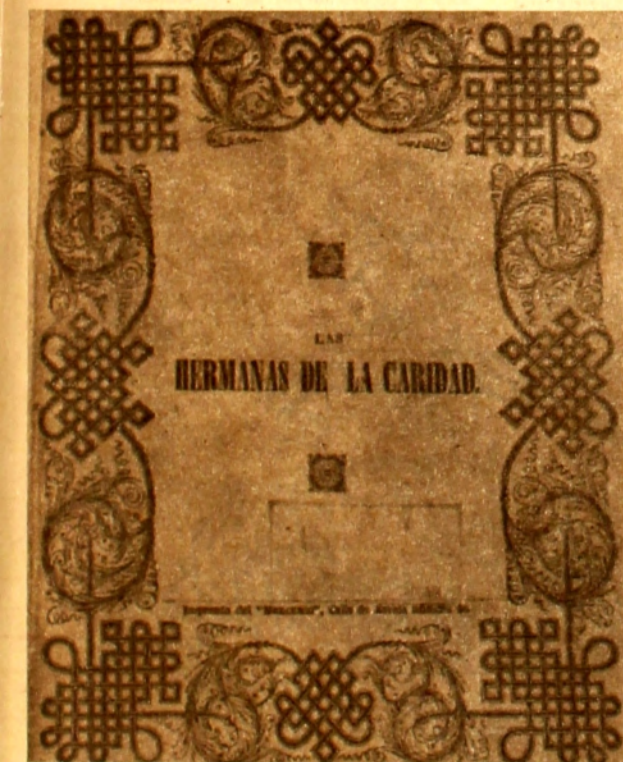
Quiero que si algo he hecho por ella me lo deba, o me lo recita en pago de mi nacimiento y el de mis hijos".

Legislador, periodista, constituyente, educador... pero Facundo Zuviría fué por sobre todo el genio de la paz y de la unión fraterna entre sus compatriotas. Ese pensamiento iluminó sus días y puso en su alma de patricio la congoja de su íntima derrota espiritual. Ejemplo sin par de virtudes y dignidad ciudadana no pudo ser más justo el título eminente de *Cetón Argentino* con el que se le distinguió en el Uruguay.

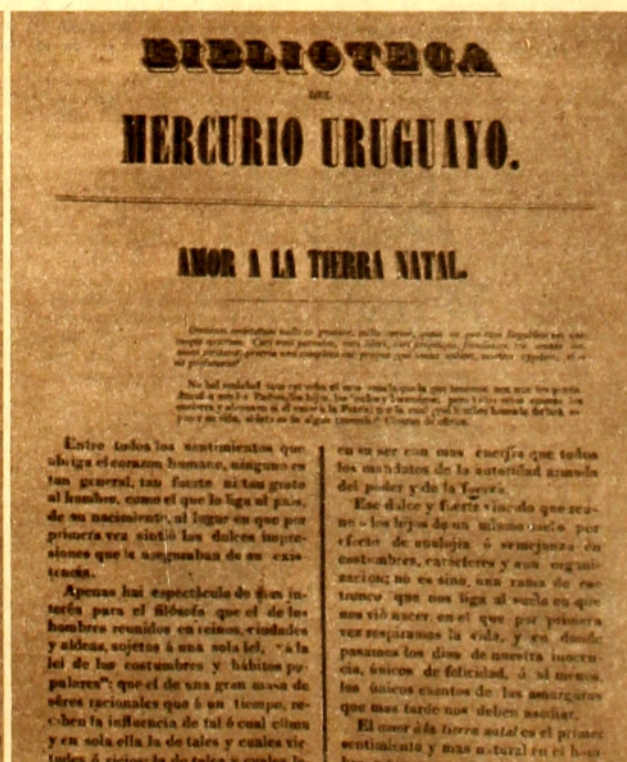
A casi un siglo de escritas las inéditas páginas de su correspondencia familiar que hoy exhumo, puedo decir, que en ellas palpita con sangrante emoción el no clausurado drama nacional argentino... mientras por los olvidados caminos de su historia rueda sin eco la suetusa lección de aquel egregio hijo de Salta.

Ariosto FERNÁNDEZ.

(Especial para EL DIA).



Portada del folleto "Las Hermanas de la Caridad".



Página primera del folleto "Biblioteca del Mercurio Uruguayo", en que figura la colaboración inicial del doctor F. Zuviría, "Amor a la tierra natal".

EN la múltiple gama temperamental de los pueblos hispánicos, la región valenciana se caracteriza por una dinámica de fuego. En el sol que la hierre desde las bardas del Mediterráneo; en el ocase de ese mismo sol hundándose en el horizonte serrano que la separa de La Mancha de Don Quijote, Valencia vive emponchada de sol, saturada de luz, ardiente de brasa y resplandeciente de llama. Estos aspectos del pueblo valenciano parecen contradecir la primera impresión del visitante. Se siente en el ambiente algo así como una atmósfera de sueño y ensueño, tal como lo señala Waldo Frank en su libro "España Virgen", en el que el alma reposa eternamente, soñando, soñando.

Cada valenciano es una pluralidad de interrogantes que se contesta a sí mismo, en un eterno diálogo con el mundo de sus apetencias. ¿Extravertido? ¿Introvertido? El valenciano se nutre de esas dos corrientes psicológicas. Pocos le igualan en la meditación íntima, cuando se halla a solas con su paisaje, pero difícilmente se hallará quien le iguale a dialogar hasta el grito con las cosas y las criaturas. Es de un asombrado, terrible desprendimiento emocional, avaro de esa emoción cuando se trata de hacerla sangre de su sangre, transformándose entonces en martirio para sus sentidos.

Por su capacidad de sensualidad reprimida es que se desborda con borrachera de sentidos cuando llega la hora del goce. Despillarra sangre y nervios con prodigalidad de asceta. Su tipología desconcierta por una contradicción elocuente. El valenciano es un pueblo sobrio. Tierra de naranja, de limones, de olivos, de vides. Frutales en tierra de secano, que la luz de los ojos labriegos hace madurar tanto como los rayos solares, hasta convertirlos en azúcar. No conocemos de otro pueblo que ame la tierra tan sensualmente, acariciándola suavemente con las manos, con la misma suavidad con que se acaricia a la mujer amada o al niño de nuestra esperanza. La sangre del pueblo valenciano es de sol vertido en jugos frutales, en horizonte siempre azul, en clara noche de reflejos de luna. No le gustan los jugos fermentados. Si cata el vino es porque lo vestila en sus lagares después de haberlo prensado con sus pies desnudos. Y entonces bebe su calor humano. Se emborracha de sangre, de su propia sangre.

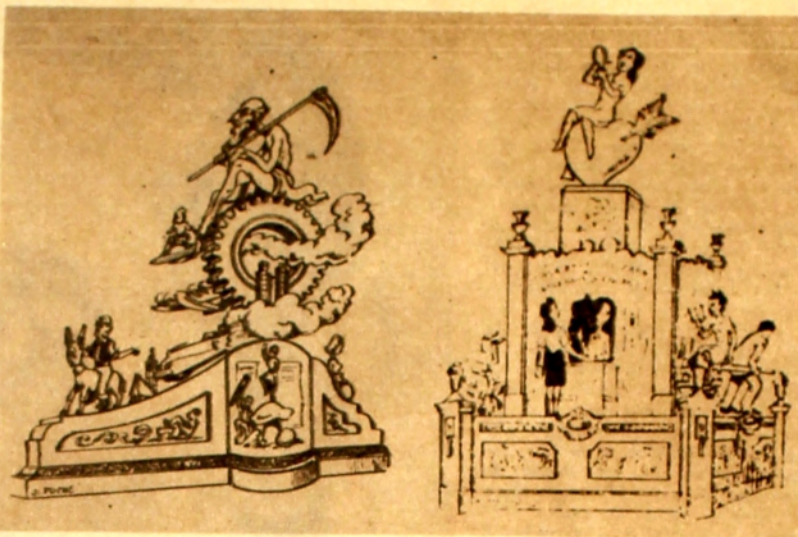
Pueblo síntesis de mestizaje. Todo el oriente se recreó en la tierra levantina. Cuando el Cid llega a la tierra valenciana, se asombra de la abundancia. Y cuando desde los Pirineos descienden los guerreros le siguen a Jaime Primero el Conquistador, quedan dominados por estas vegas de pan llevar, por la gracia femenina, el verde terso de los campos y el azul claro de las playas.

La luz llega diariamente a Valencia sobre el horizonte marino. Un sol reverberante. El fuego como culto llegó a los valencianos también de oriente. Los mitos persas del fuego, la misma fuerza de fuego de Prometeo, tomaron posesión del alma valenciana y allí perduran. Pero los valencianos no se conforman con la adoración de imágenes por muy paganos que sean, ni con la evocación de símbolos. Ellos quieren sentir el placer de crear la energía de su fe con pasión de poseídos. Más que la imagen que dura, aman la sensación que se desvanece en forma tangible. Y la principal idea que mueve su fe es la del fuego. El fuego es adorado en todo el mundo, ha sido el ideal recreador de todas las culturas. Pero el fuego se ha convertido en idea pura en todas las latitudes, o de un utilitarismo subalterno.

No así en la región valenciana. Allí el fuego es un culto. Los valencianos gozan creando fulgor de llama, de estruendo; nacer y morir en el transcurso de minutos, para volver a encender y apagarse, en una eterna palingenesia de vida, muerte y reurrección. Pero además, el alma gozadora de los valencianos ha dado al fuego una significación trascendente como consumidor de todas las vanidades. Prueba de esto, las llamadas "Fallas", que anualmente se festejan en la región valenciana, muy especialmente en Valencia, capital de la región, y en Alicante, con su derivado de "Fogueres" (Hogueros).

"Falla" en valenciano simboliza la hoguera. En las civilizaciones primarias, el culto del fuego tenía sus fechas de conmemoración, que en el hemisferio norte de Europa coincidía muy especialmente con el equinoccio de primavera y el solsticio de verano. Estas fiestas paganas las recogió el cristianismo, convirtiéndolas en homenaje a sus santos. Así es como el solsticio de verano se festeja en todo el mundo, pero en forma monumental en

VALENCIA. FUEGO EN LA SANGRE



Alicante, el 24 de junio, y el equinoccio de primavera el 19 de marzo en Valencia, fechas en las que la iglesia fijó las conmemoraciones de San Juan y San José, respectivamente. La iglesia no ha inventado nada en este sentido, no ha hecho sino ir adaptándose a los ritos antiguos, acomodándose a usos y costumbres preestablecidos.

En lo que se refiere a las "Fallas", su origen se remonta al siglo XVI, y tiene un contenido gremialista. En dicho siglo alcanzaron su mayor esplendor las organizaciones gremiales. En invierno se trabajaba en los talleres hasta muy avanzada de los extremos de un madero en forma la noche, con luz de candelas que pendían de cruz, al que denominaban *parot* o poste de los candelas. Se anunciaba la primavera, se alargaban los días, y la víspera de San José terminaban las jornadas de trabajo a la luz del candelil. Igual que los antiguos paganos que hacían hogueras en honor de la primavera que llegaba, los obreros cristianos hacían hogueras en honor de su santo patrono San José. De ahí el nombre de "*falles de San Chusep*". Sacaban el *parot*, y amontonando virutas, esteras y leños hacían una hoguera de todo. Cantaban, bailaban y trenzaban ronda alrededor del fuego. Seguramente una vez se le ocurriría a algún obrero con imaginación revestir el palo del candelil con bulfo alusivo a un capataz, patrono, presidente de gremio o autoridad, y paulatinamente fue evolucionando la sencilla hoguera en un pequeño monumento de madera, cartón, tela y papel. A medida que los gremios se fortalecían, las alusiones caricaturescas irán aumentando en malicia agresiva, así como el tumulto y jolgorio en torno a la hoguera.

El resultado ha sido estas monumentales fallas de nuestro tiempo. En ellas el

arte, el humor, la crítica y el estruendo alcanzan proporciones apoteósicas, que culminan en lo que llaman *la cremá*, es decir, prender fuego a todo el monumento de la falla para convertirla en llama. Pero el acontecimiento va precedido de una serie de actos muy dignos de tenerse en cuenta.

En primer lugar, en cada barriada o calle hay una sociedad fallera, con una comisión directiva que en el transcurso del año va recogiendo contribuciones voluntarias del vecindario para pagar a artistas. A la falla va adscrita la proclamación de la Fallera, y de todas ellas la Fallera Mayor, como si dijéramos Señora Falla. Cada Falla contrata para los festejos una banda de música, además de los conjuntos de baile vernáculo, chirimía, tamboril, etc. Hay premios para la mejor falla, y cuando se considera que algún aspecto de la misma es digna de conservarse por su calidad artística, pasa entonces al Museo de la Falla. Durante los días de fiesta, las bandas de música dan conciertos, se organizan bailes alrededor de la falla y no se interrumpe el continuo estallido de petardos y cohetes, con las consabidas tracas.

Llega la noche de San José y entonces la fiesta alcanza proporciones inauditas. Si se han levantado cien fallas en toda la ciudad, son cien bandas de música cuyas ondas se esparcen a toda hora llenando el aire de armonía, sin parar los estampidos de cohetes. Suenan las doce de la noche, se apagan las luces de la ciudad, y en ese momento empieza a retumbar la gran traca, una continuidad de petardos que rodean la ciudad y que a medida que llegan al centro de la misma, en el campanario de la catedral o El Miguelete, van aumentando el volumen de sus estallidos, hasta que, al final, en el mismo remate

de la torre, estalla el petardo mayor. Y entonces toda la ciudad se convierte en una hoguera, o mejor dicho, en una vastedad de hogueras. Son las fallas que se han convertido en corazones llameantes, pulsos de fuego con visión de infierno, con fantasía de humo, con resplandor de llamas, con clamor de multitud que siente el fuego en su propia sangre, el corazón humano convertido en llama para luego reposar en brasa viva.

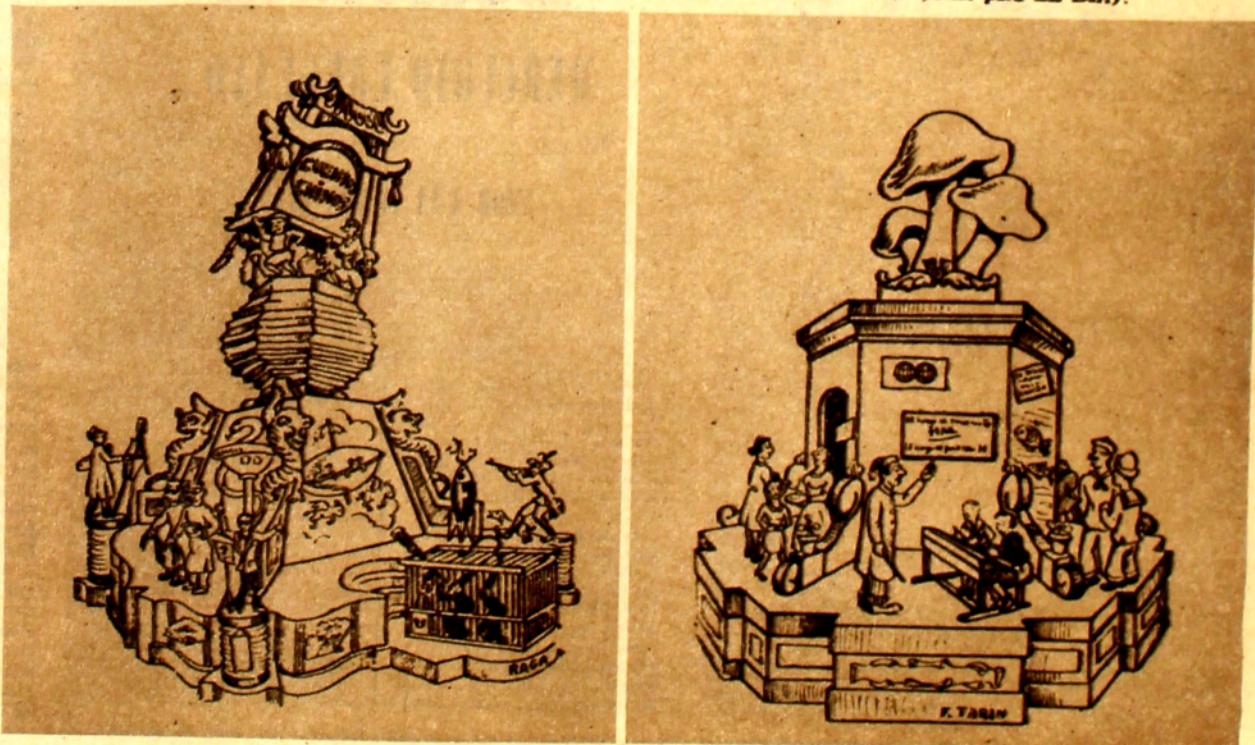
Pero a esta fiesta de fuego, con una intensidad lírica que no hemos visto en parte alguna, hemos de agregar otro aspecto, en el que el fuego se convierte para los valencianos en tragedia. En muchos países, los fuegos de artificio alcanzan calidad de arte. Japón, China, Portugal, España, son países de pirotecnia. Pero en Valencia además de este aspecto artístico, hay una fiesta de fuego inigualable por su contenido trágico. Nos referimos a lo que los valencianos llaman *la cordá*. Se trata, sencillamente, de una cuerda que atraviesa diagonalmente una calle de los pueblos. Un hombre debidamente protegido lleva una caña con correa arrastrándola por la cuerda, y un montón de cohetes de grandes dimensiones, capaces, en una explosión, de matar a una persona. Los cohetes van cayendo de la cuerda encendidos, y los moros, gente brava, se abalanzan sobre ellos y se los lanzan unos a otros para ver quien demuestra más coraje. Es algo de suicidio, pero luminoso, violento de fuego. Restallan los cohetes por las paredes y sobre el cuerpo de los valientes. Desgraciado de quien le explote el cohete en la mano, en el rostro o en alguna otra parte del cuerpo. La crónica de este fuego infernal detalla casi siempre heridos, también muertos.

Si quisiéramos comprender la causa de la intensidad de estas fiestas, la hallaríamos en el hecho de que en ellas no hay espectadores. Todo el mundo es actor. Vistas de lejos, se observa el hormigueo de un pueblo en movimiento, tomando parte activa en su recreación artística popular. Los espectadores se reducen al mínimo, aunque en estos tiempos de turismo hayan aumentado, pero el turista se conoerá a la legua que es ajeno al contenido de la fiesta. Fiesta de fuego en la sangre, con olor a pólvora. La sangre mora bulle y rebulle en nuestra alma. La costumbre árabe de "correr la pólvora" sigue latiente en el pueblo valenciano. Conserva muchos de sus matices primitivos, pero la exalta a valores artísticos, como en este prodigio de las fallas, obra de todo un pueblo de alto vuelo sensitivo.

El pueblo valenciano no se ha desprendido, afortunadamente, de sus instintos. Los lleva a flor de piel. Y eso es lo que da a su obra sabor de vida jugosa. Siguen nutriéndose de elementos esenciales. Sol, frutos que la mirada del labriego madura, después de haber deshecho los terrones con las yemas de sus dedos. Agua de acequia y brisa de mar. Y el fuego, ese fuego que se le viene sobre el mar a la hora del alba y se le convierte en llama interior. Su propio corazón es de fuego, y la sangre se le hace torbellino en llamarada para el esparcimiento de los sentidos.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).





Un "Ilokhalla" aimará, que desde temprana edad aprende los rigores de la vida en plena naturaleza.

“TITIKAKA” EL LAGO SAGRADO DE LOS INCAS

NAYJAMA realiza extensas correrías por el lago. Conoce sus bahías y ensenadas. Navega hacia las islas. Y a veces, cuando el tiempo le alcanza, desembarca en la Isla del Sol, donde el misterio yace como un ángel dormido.

“Titikaka” es el lago del origen y del fin de las cosas. Es la fuente, la “pakarina” ancestral que hace surgir el mundo con sus luminares y sus seres. En el Día del Ojo — el primer día — en el omnisciente “Nayra-Uru”, cuando todo estaba envuelto en agua y bruma, surgió el astro de la Roca Sagrada y voló al cielo para alumbrar el mundo. Desde allí vela con majestad hierática: nos da vueltas, le damos vuelta, vivimos sujetos a su divino imperio.

“Titikaka”: el arcano que tiene muchas caras.

A la llegada de los españoles el hierofante andino abandonó el santuario, sumergió tesoros en el lago, enmudecieron los oráculos. Y esto no fue una vez sino varias: por el Sol, por el Puma, por la Roca; por otras deidades remotas. Porque “Titikaka” es nombre-clave, semilla de semillas, secreto múltiple; y así como el lago se descompone en islas numerosas que brotan y adornan la extensión marina, el enigma que lo puebla se esparce por el ámbito lacustre en sucesión maravillosa de sugerencias y de símbolos. ¿Quién sondeó el torrente que fluye desde la “Chamak-Pacha” u edad oscura, hasta “Manco-Capac” fundador del último imperio andino?

La Isla Mayor da nombre al lago: es el Peñón del Puma, donde el antiguo rindió culto totémico al felino. Mas “Titikaka”, morada del puma, es también peñón del mundo, porque el mundo es un puma fabuloso que se distiende y se contrae sin cesar. Y los nombres de la isla forman un archipiélago sin término. Y se llamó “Inti-Kala-Canna”, peldaño por donde sube el sol. Y “Titi-Tata”, padre de estano vivificante. Y “Thiti-Pata”, el lloro universal. Luego “Itikaka”, peña sacra de los pueblos telúricos. Más tarde “Titikala”, cuando el culto de la tierra se cambió por los ritos del tótem. Y fue después “Intikarka”, el adoratorio del Astro de los Días. Y eran tres las deidades lacustres: el Sol, el Trueno, el Relámpago y las tres tuvieron altares primitivos. Otros dicen que una culebra monstruosa cerca la isla y la ciñó; y cuando el astro juega con las aguas y esmalta sus ondas, en realidad juega y

esmalta las escamas del reptil inverosímil. Porque “Amaru”, la Madre Serpiente, es también deidad acuática. Dioses, reyes y naciones surgen de la Isla Mayor. Como el mítico “Manco” que aparece en el centro del lago para fundar dinastía y cultura de tipo agrario-militar. Y el propio “Wirakocha”, numen creador y ordenador, para manifestarse a los seres, brota de la tempestad lacustre, y terminada su obra terrena se hunde lentamente en el zafiro de sus aguas. “Titikaka”, lago y peñón, es en verdad el ámbito y el centro de la mitología andina, aunque los nevados hayan condensado su significación mayor. Irradia verdad, esparce maravillas.

Hoy la leyenda refiere escueta: Isla del Sol. Nadie alcanza el horizonte de esta poesía arcádica y distante... Y el mito solar no abarca la profundidad ni la multiplicidad de la palingenesis lacustre, porque el mundo andino no fue hecho una sola vez, sino que fluye, se hace y se rehace sin descanso. Tiene elasticidad de puma, andar sinuoso de serpiente, vuelo tenso y dilatado de cóndor. Y a veces como “Pacha”, el indiscutible, el inasible, se carga de tal antigüedad y pesadumbre que nadie le divisa nombre.

En el crepúsculo, cuando aves y peces se recogen en soledad, Nayjama mira la Cordillera Real: una dentada crestería que cierran las moles del “Tlimani” y del “Illampu”. Se diría la pareja sagrada de los hielos custodiando el tropel iracundo de las cimas. O la boca de un jaguar de múltiples colmillos. El sol poniente dispara sus últimos venablos a la cordillera y las aguas se tiñen con indescriptible colorido; mudanza rapidísima; pintor alguno podría capturar este universo cromático en movimiento. La luz trabaja, trabaja sin descanso: colores vivos, intermedios, tenues, matices, tornasoles que mudan al instante. Actúa el astro con máxima eficacia. El paisaje se estremece en la pasión de despedida. Inmensidad. Soledad. Deslumbramientos del color y de la forma. El Ande, visto del lago, es la revelación teogónica de la naturaleza.

Nayjama se voltea, deja la cordillera a su espalda, y trapa a un peñasco para contemplar la caída del astro. Visión irreal: un globo de fuego se hunde lentamente entre las aguas. Cielo y mar se empurpan hasta confundirse en el rubí sangrante del confin.

“Yawar-Kocha” — dice el indio — mar de sangre.

Cromosculares nupcias del mundo con la luz. Todo arde, todo empalidece, fulgura y habla todo con voz propia. Ese telón de nieves, esa ruda crestería, esos colmillos tutelares de los dos Colosos que cierran una boca de jaguar, esa sabana cromática, ese mar infinito y tranquilo, ese augusto silencio, ese dios que se sumerge en el horizonte lejano.

Nayjama mira el paisaje conmovido, pálido de coraje y de ansiedad, porque los grandes mirajes espolean el espíritu, encienden ansias, acicatean la imaginación.

También el amanecer es una epifanía en “Titikaka”. Envuelto en su poncho de vicuña, Nayjama escruta ansiosamente el dibujo visual desde una peña.

La paleta del Lago es tan varia, tan intensa, que se piensa en el temblor de un sueño cambiante. Suaves colinas rozan el agua y delimitan su grandioso cauce, esfumándose del verde al rojo. El amarillo de las balsas contrasta con el verdinegro de los juncos. Aquí los colores fríos del altiplano se transmutan en ardor de mediodía. Corrientes súbitas. El pardovioleta de los cerros cede paso a un azul imperial, eléctrico, intensísimo que domina la muchedumbre de los tonos desde el firme ultramarino de la lejanía hasta el cobalto aéreo del cielo. Brotan celajes acuáticos de finura increíble, tonos delicadísimos, maravillas de estampa japonesa. El agua de la orilla se gradúa desde una celestia verdosa, transparente, hasta la mancha profundamente azul del horizonte. A veces todo se sumerge en una magia azulada que azulea las cosas. Un sol de oro esmalta el paisaje y lo enciende con brillo cegador. El viento desgarrar en suaves vellones las nubes que viajan dulcemente. El frío es tónico, inmediato. Y otra vez un azul imperial desata y domina el juego cromático, ejerce la soberanía del color: roba tonos al morado y al pardo de la tierra; capta el resplandor amarillento de la paja; apresa la luz que baja de lo alto; se envuelve en los reflejos verdinegros de los juncos; tiñe los grises y los ocre de un júbilo sensual. De pronto suelta una sombra... y el agua se bruñe como un espejo de metales azules, que esconden celosamente la vorágine de un violeta impalpable y de un púrpura submarino apenas entrevisto. Destellan rubíes, fulgen esmeraldas, se enardecen topacios y amatistas, mas un zafiro genial y demoníaco lo absorbe todo. Orgía alucinante. Brotan los colores como islas imprevisibles, se combinan y desaparecen cual ondas fugitivas. Porque el Lago es el reino de la forma y del color, donde todo se manifiesta como acciones y pasiones de la luz.

“Titikaka”: una catedral azul en el horizonte remontado.

El Ande es fuerte; el Ande es grandioso, aterrador. Abruma. Pero el Ande es también munífico, protege, regala a sus

criaturas; y para suavizar sus asperezas, las da el licor ardiente de las nieves en la copa azul de sus aguas, que es copa de santidad y de ternura.

Nayjama respira el aire frío en sus riveras, bendice al sol de oro, vibra con la luz matinal y virginal de sus amaneceres. Mira al indio sencillo, fuerte, bogar y comerciar en sus pequeñas balsas de junco; es el único que tiene los nervios suficientemente cansados para soportar la tremenda tensión de las alturas. Ve al mestizo en su ocio pueblerino, en su modesta artesanía, en su vivir estable y apacible. Atiende a los turistas y a los blancos que llegan de las ciudades en pos de encantamientos que no alcanzan. Luego se mezcla con todos ellos, y así, perdido en la multitud de los romeros, va a postrarse a los pies de la “Mamita de Copacabana”, la Virgen India, la imagen milagrosa que hace don de sus mercedes a todo aquel que fía en su bondad y en sus favores. Y en “Kopakawana” — el mirador de la piedra preciosa — en el atrio del templo levantado por el fervor católico, hay unos indios ciegos que arrancan de viejos violines lamentos desgarradores y ternísimos.

A las tres de la tarde, cuando el sol brilla en el esplendor de su fuerza Nayjama se sumerge en las ondas del Lago. El agua apenas tibia, saludable, le infunde un sentimiento de alegría, una fe gozosa y pura de algo que se fue, o de algo que vendrá... Y sale limpio de cuerpo, limpio de alma. Después juega en la orilla con esos guijarros encantadores que las aguas pulen amorosamente millones de años, para que los hombres los acaricien fugaces segundos. Mira la opulenta procesión de las nubes albisimas, el dorado centelleo del mar interior; se absorbe en la comunión extática del paisaje; quisiera convertirse en una humilde pídrecilla para vivir a la vera de sus aguas tranquilas. Sueña.

Luego se compra un cacharro de pajas multicolores de esa ingenua alfarería con que el indio quiere expresar la belleza cromática del lugar. Mira por última vez un barquito de vela que se pierde en la turquoise del horizonte, y regresa a la ciudad cargado de esperanza y de promesas.

Porque “Titikaka” es fuente de energía, hábito de superación. Es “samiri”: levanta al decaído y al postrado. Y todo aquel que se hunde en el hachizo de sus aguas, se baña también en el misterio de las antiguas teogonías. Y sale puro, fuerte y animoso, como si hubiera asistido al nacimiento del mundo desde las islas venturosas que acaricia el mar sagrado.

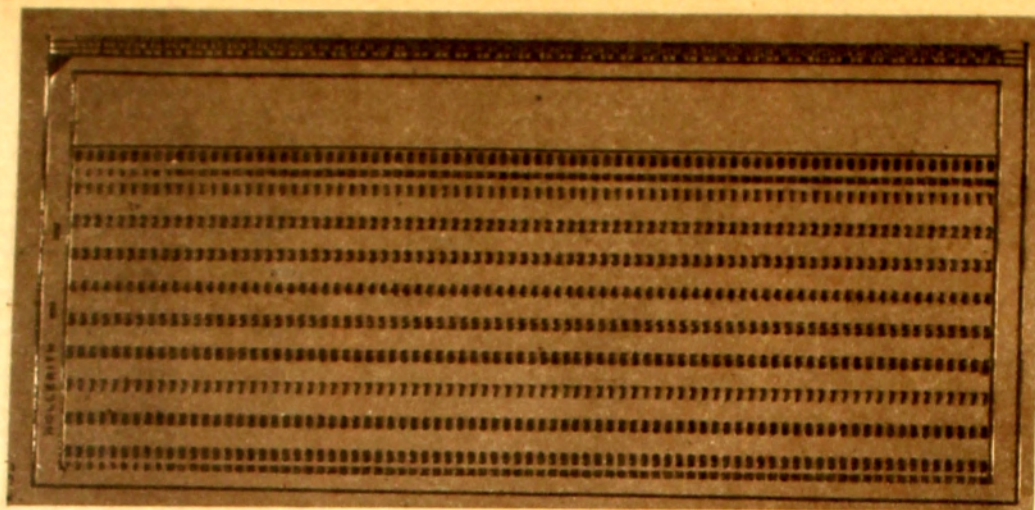
Y “Titikaka” es también “Ainoka”, la piedra fundamental, donde un día se alzó la progenie andina.

Fernando DIEZ DE MEDINA

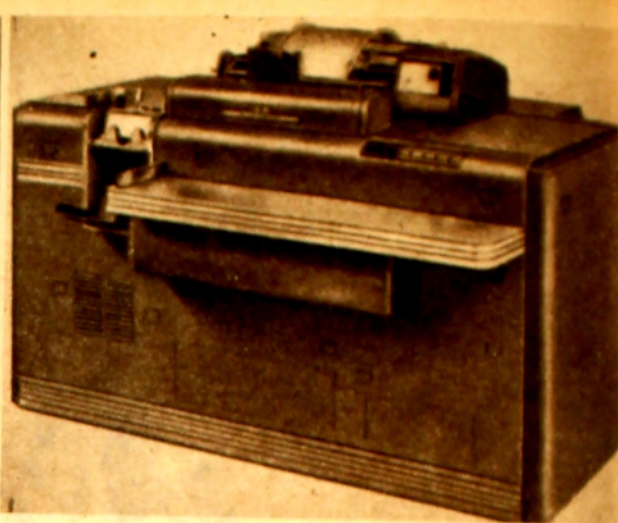
(Especial para EL DIA).



Balseros del Lago Titikaka, en sus pequeñas embarcaciones de totora, con las cuales se dedican a la pesca.



Un modelo de tarjeta en el cual, previa codificación, serán perforados los conceptos a contabilizarse.



Tabuladora o máquina eléctrica de contabilidad, donde infatigables e infalibles órganos suplen o multiplican el esfuerzo humano.

UN psicólogo británico, James Sully, denominaba edad preguntona a una breve y rica etapa de la niñez, donde a los ¿cómo?, se suman los ¿por qué? Afirmando convencidos que quien introspectivamente se examina, ve ese momento prolongarse vitalmente y agigantarse de acuerdo con su nivel de cultura. El hombre posee una curiosidad innata que lo lleva a indagar en las cosas con preocupado empeño, hasta encontrar una satisfactoria explicación para su inquieto y sediento espíritu.

Pero no todos son fines teóricos los que mueven a la investigación, el que se insista en la realización de censos de población, vivienda, agropecuarios, de comercio e industrias, tiene un substratum de practicidad, el logro de una ventajosa situación en armónica acomodación con la naturaleza.

Las huestes pioneras de la demografía, en vastos y singularizados campos han obtenido el ansiado acuerdo con la realidad, porque no es pretensión aún el de esta ciencia —si bien conocida su breve y pródiga trayectoria—, el enunciar determinantes, sentenciosas leyes, sino el exponer la forma desarrollada de un fenómeno para la busca de un nexo causal, particular camino que nos permitirá por abstracciones alcanzar las medias que garanticen su probable futura presentación. No debemos descuidar en la investigación, contingencias contagiosas y engañosas de muchos fenómenos objeto de su estudio, como que son de social y humana sugerencia.

Al sostener la necesidad de estos trabajos, no se cae en la sobreestimación de sus resultados, sino que la interpretación dará lugar a consejos o recomendaciones, que será preciso atender, para una más sabia previsión y acción al contacto de las tendencias populacionistas.

Se ha sostenido la condición de país rico para realizar un censo, sin embargo ello no es un privilegio de un determinado tipo en la clasificación económica de los Estados, ni constituyen un gasto superfluo las sumas que demanden, ya que el provecho amortizará con subido interés las mismas. Y así tenemos que quien poseyere modestos recursos y una severa contabilidad estadística, se hallará en mejores condiciones de afrontar un previsible futuro que aquel que, aunque muy bien dotado por la naturaleza se adminis-

LOS CENSOS FUNCION Y NECESIDAD

tre con titubeantes actos. La escasez o ausencia de datos estadísticos hace insegura la tarea del legislador, la vastedad de los negocios públicos exige prontas respuestas, estimadas las más de las veces sin otro plan que el de una improvisación en un intento de acercamiento sincero con la realidad, que puede rechazarle prontamente.

El Uruguay, por razones poco menos que inexplicables, ha dado sólo cumplimiento en forma parcial al asunto que comentamos. En el siglo pasado, los intentos efectuados ilustran de muy pocos datos, para un espacio fragmentado, recogidos en dilatado tiempo y para una época de intranquilidad de la República. Ya en el XX, unió a comienzos de siglo y el otro para ser precisos en el año 8, en esa puja progresista llevada por don José Batlle y Ordóñez se estructura y lleva a cabo el orgánicamente primer y único censo nacional. Con achaques técnicos, con lagunas, dudas e inexactitudes, lo cierto es que sus cifras son el punto de partida para las vigentes estimaciones que hacemos.

Para llevar a feliz término el compromiso contraído por acuerdos internacionales, contamos con ventajosas situaciones que es interesante enumerar: una organización administrativa densa y centralizada, con la falta de accidentes topográficos notables, en posesión de un elevado nivel cultural, con ágiles medios de comunicación y transporte, una unidad lingüística, con un seleccionado cuerpo técnico y moderno equipo de estadística.

Así diremos que podemos conocer las isotermas de verano para un mes o un día determinado de Colonia, al contar con un secuente y copioso material producto de observaciones realizadas, pero no estamos en condiciones de opinar del coeficiente de reproducción de ese centro urbano por esas, aunque negativas, razones. Aún conociéndolo, nuestro esfuerzo debe cristalizar en dos y más veces, para que con la registración periódica de ese fenómeno, sea habilitado nuestro juicio sobre el posterior comportamiento del mismo.

Los padrones electorales, las aduanas, los establecimientos de enseñanza, los registros de estado civil —con los contratos celebrados y el saldo vivo que resulta de los nacimientos y defunciones anotadas—, los nacimientos y defunciones anotadas—, aptitud del trabajador, entre otros, ofrecen en la intrínseca tarea ricos elementos, para ubicarse entre jaloneos censales quinquenales y que, haciéndoseles obedecer a una orgánica directiva puedan formular complementarias y específicas preguntas, las cuales se adjuntarán a la empresa mayor como datos a interpolarse.

Con procedimientos mecánicos por ser los menos onerosos, los más rápidos y seguros, se realizarán las clasificaciones, las combinaciones aderecibles y tabulación de los informes planillados. El sistema Hollerith a base de fichas perforadas —el más usual e indicado— ofrece una plasticidad funcional, batiendo a los rutinarios, tortuosos y muy falibles procedimientos manuales.

De ese voluminoso granero de cifras, los técnicos estadísticos procurarán las constantes y despejarán incógnitas para su interpretación.

Destacaremos también que aparentes caprichosos aumentos o disminuciones en cualquier índice demográfico, tienen raíces profundas que a la luz del cruce de una abscisa y una ordenada, encuentran una total o muy satisfactoria respuesta.

Muchos ejemplos recoge la historia de traumas locales o nacionales —agudas crisis económicas, guerras, epidemias o desplazamientos forzados— que motorizan poblaciones y le aplican negros distintivos. El que el grupo social activo ceda posiciones frente a los pasivos, se pone de manifiesto en los estados y gráficas, esterilizando los coeficientes de reproducción o mellando las pirámides de edad.

En todo estudio de población, son evidentes fenómenos premonitores de larga mediatez, ya que si bien la relación causa a efecto se produce circumscripita primeramente a un hecho parcial —aislado observacionalmente y caratulado como tal— la

acción prolongada en cadena y afectando a otras variables, contribuirá a oscurecer la impotencia de aquel, no teniendo frente a todo ello los hombres públicos otro paliativo que el de una lenta y sistemática reacción.

Se simplificarían bastante las cosas si admitiéramos poblaciones con comportamiento estático, donde al total genral le aplicamos el doble juego de ingresos y egresos. Pero en la vida real los Estados no son otra cosa que vasos coloreados, de densidades diferentes y dotados de una dinámica interrelación, determinante de la miscibilidad de los líquidos con o sin prevalencia de las características primarias del recipiente. Así tenemos puntos geográficos de acogida y de partida. Países nuevos como el nuestro, registran congestiones y permanentes cifras de inmigrantes durante largos años. Prudentes normas contemplan actualmente esa absorción en la medida del sostén de un equilibrio social y económico, al orientar la dirección y los valores cuantitativos y cualitativos de esos grupos. Esto en lo que se refiere a las "vagues" de traslación ultramarinas sujetas a un estricto control aduanero, pero lo que es difícilmente pasible de mensura mientras no apliquemos la maquinaria censal, son los intercambios humanos dentro del marco nacional. La migración campesina e interior ciudadana, que lógicamente suponemos poderosa, ha intensificado su verter sobre la capital, en menguada huida de los campos a la ciudad. Las razones y atractivos que le mueven al cobijo de Montevideo son múltiples; el hecho es comprobable a través de las planillas presupuestales públicas y privadas, de los registros hospitalarios, las inscripciones de estudiantes, en las fichas policiales de identidad, etc. La industria frigorífica y textil entre otras, drenaban de sanero joven el interior de la República, envejeciendo sus poblaciones de origen. Ese movimiento hormiga de braceros de número enigmático, favoreció la desproporción entre los límites montevideos y el resto de la nación en acentuada macrocefalia.

¿Habrá éste cesado? ¿Podemos insinuar retornos ascendentes?

Delemos éstas y otras muchas, muchas respuestas, a un cercano y saludable paso a tomar: el censo nacional.

Luis M. MARMOUGET.
(Especial para EL DIA).

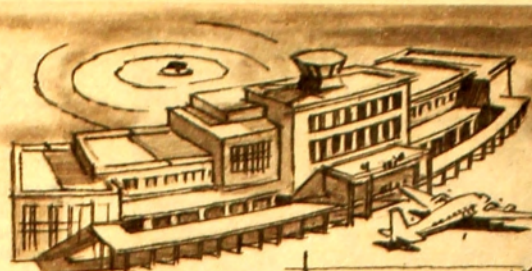


Nuestro principal puerto siempre fué anisala magnética, tanto para los turistas de la que edificaban en las playas, como para los inmigrantes de la que edificaban en el campo. (Foto Com. Nal. de Turismo).



Ciclo de humanización de los aires al subsuelo. La ciudad, breve vocablo de amplios, problemáticos y tantráficos contenidos. (Foto Com. Nal. de Turismo).

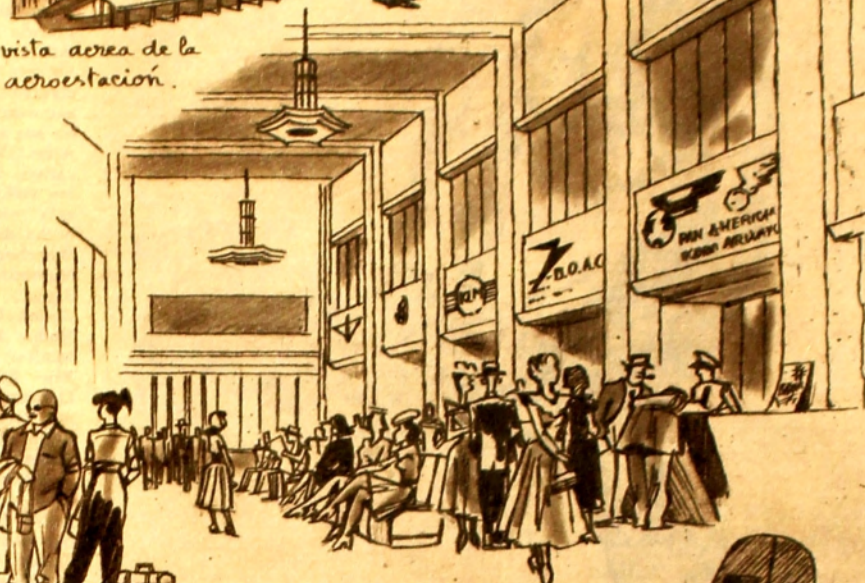
EN LA AEROESTACION DE CARRASCO



Vista aérea de la
aeroestación.



Gran hall
central donde
están las oficinas
de turismo, correo
y telegrafo, cambio
librería etc...

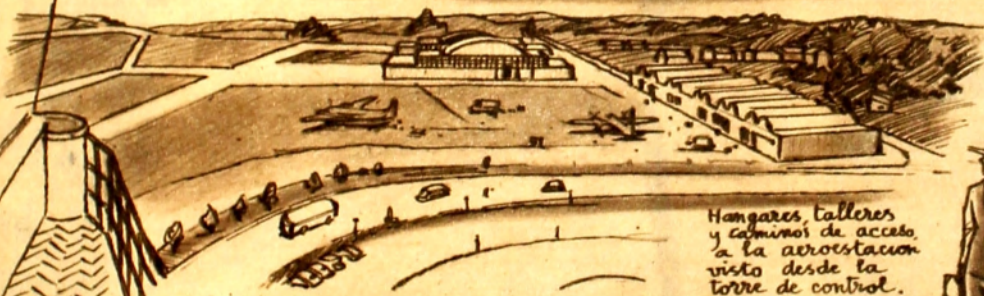


Hall lateral con los locales de las
compañías de aeronavegación

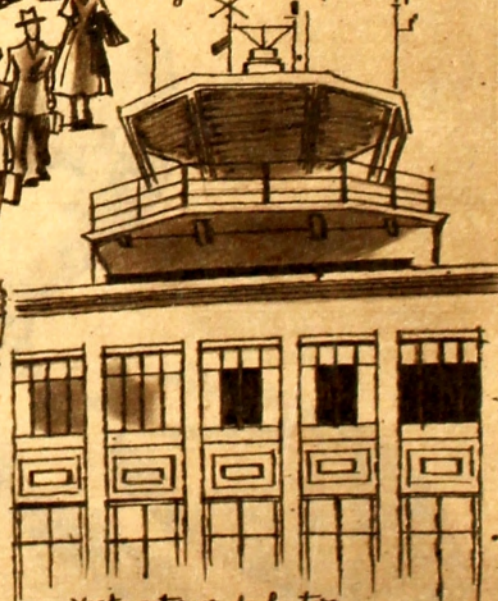


Desde el hemisferio norte ha
llegado este "Super Clipper"

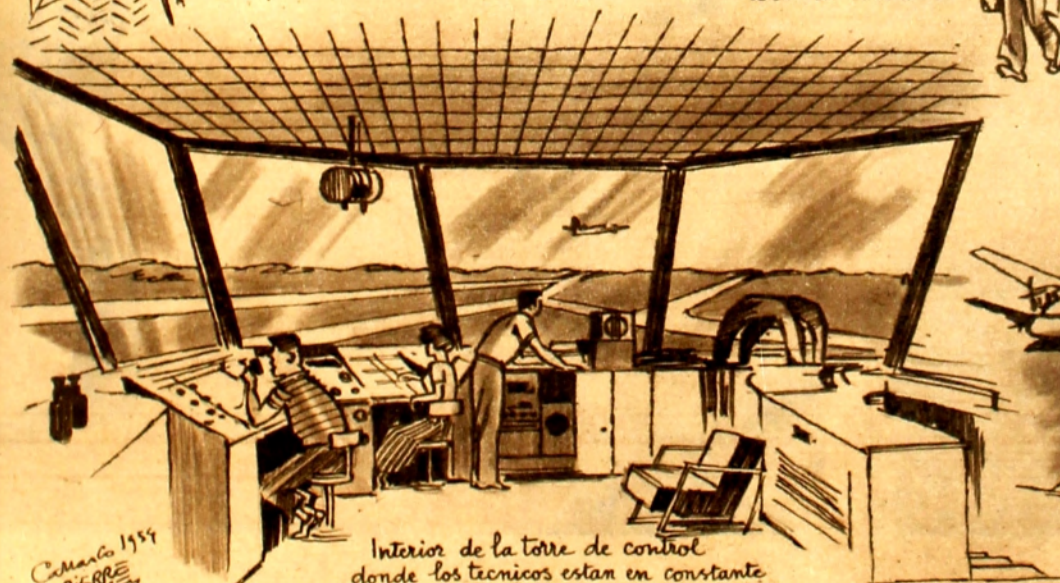
(DIBUJOS DE PIERRE POSSEY)



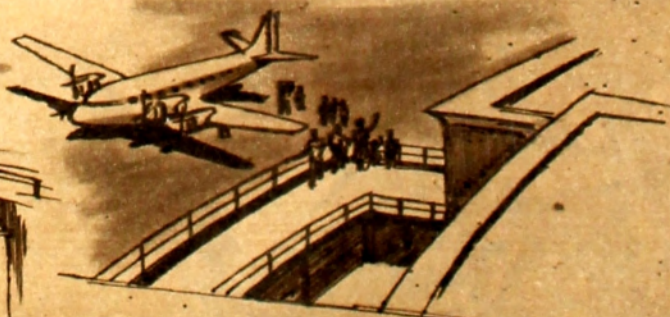
Hangares, talleres
y caminos de acceso
a la aeroestación
visto desde la
torre de control.



Vista exterior de la torre
de control.



Interior de la torre de control
donde los técnicos están en constante
contacto con los aviones.



Este aparato de la Pluma acaba
de llegar del Paraguay.

Carrasco 1954
PIERRE
POSSEY

EXPOSICION DE ARTES

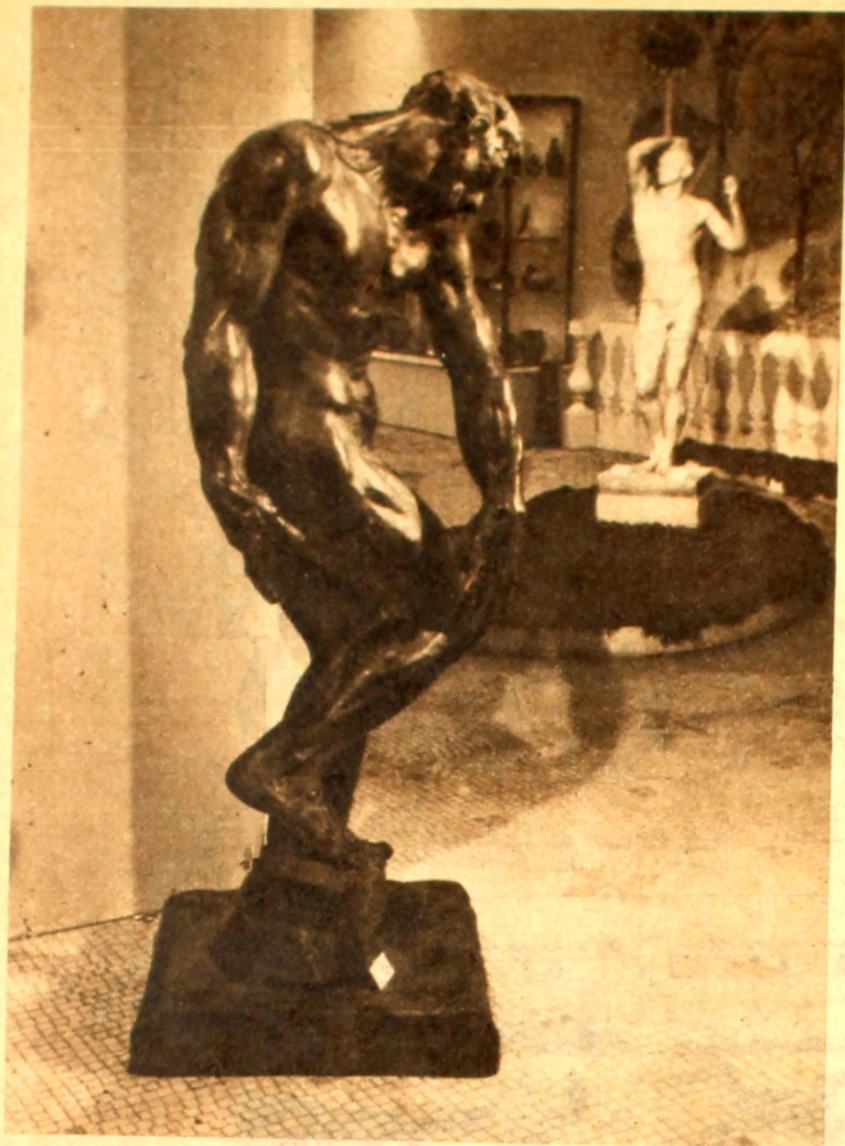
NADA me conmueve tanto como la continuidad de una doctrina por varias generaciones de seres dotados de una fuerte espiritualidad. Los viejos países como Francia son aquellos en los que es más fácil observar esta clase de filiaciones. La Escuela Nacional Superior de Artes Decorativas, que celebra su jubileo con una exposición de trabajos de sus alumnos y de sus antiguos alumnos en el Museo de Artes Decorativas, es un ejemplo significativo. Los jóvenes son enfrentados con los viejos. No hay nada que dé una idea más elevada de esta continuidad que el hecho de que pintores como Boussingault, Bianchen, Fantin-Latour, Lebourg, Letiron, Maximilien Luce, Méheut, Matisse, Rouault, Signac, Vallet, De Waroquier, Forain, Oudet, Coutaud, Renoir; escultores como Rodin, Dalou, Dejean, Pompón, Desplau, Maillol, Poisson; decoradores como Adnet, Kric Bagge, Decorchement, Delaherche, Dethomas, René Gabriel, Maurice Dufresne, René Kieffer, René Lalique, Lenoble, Majorelle, Paule Marrot, André Méthey, Subes, Vever y otros hayan sido "viejos" alumnos de la Escuela. A través de sus obras se encuentra el filón de arte decorativo francés de los siglos XIX y XX, que tiene por resultado cada año el Salón de los Artistas Decoradores y constituye, en definitiva, el Museo del Pavillon de Marsan. Ahora bien, esta realidad no existiría sino se hubieran dado durante unos dos siglos maestros entregados a la formación de una disciplina y a su adaptación a las disciplinas del momento.

Es necesario volver hacia atrás hasta la escuela gratuita de dibujo, que abrió, en 1766, bajo Luis XV, por su cuenta y riesgo, Jean-Jacques Bachelier, pintor de flores y de animales, pintor de historia también, miembro de la Real Academia en su calidad de director de los trabajos de arte de la Manufactura de Sèvres. Vemos su retrato y el de su familia por Michel

Van Lee, y un busto en piedra. Fundó esta escuela gratuita para los artesanos porque deploraba su falta de cultura general. El éxito fue tan rápido, que después de un año logró las cartas de patente (1767) y la protección del rey. Fueron admitidos mil quinientos alumnos a partir de la edad de ocho años. Becas establecidas por el rey, por miembros de la familia real y por grandes personajes aseguraban el dinero necesario para los trabajos.

La Escuela se instaló primeramente en la calle Saint-André des Arts, en el capitulo y sacristía del antiguo colegio de Autun; fue trasladada en 1776, por Luis XVI, al anfiteatro de los Cirujanos, calle de l'Ecole de Médecine. Su actividad disminuyó durante la Revolución, pero volvió a adquirir impulso hacia 1802. Bachelier murió en 1806, a la edad de ochenta y dos años, sucediéndole su ayudante Perrin; en los años que siguieron fue dirigida, en 1831, por el pintor de historia Belloc (1831-1866), después por Horace Lecoq de Boisboudran (1866-1869), dibujante y pintor, y teórico de gran inteligencia. Este preconizaba la educación de la memoria pintoresca, y tuvo éxito con talentos originales como Lagres, Carin, Guillaume Régamey y Fantin-Latour. Les sucedieron después Gaston Louvrier de Lajolais, antiguo diplomático y pintor aficionado (1877-1908), Eugène Morend (1909-1926), padre del escritor Paul Morend, y Charles Couyba (1926-1931), que fue cancionista con el nombre de Maurice Boukay.

Para distinguirla de la Escuela Nacional de Bellas Artes, en 1848 la escuela tomó el nombre de Escuela Nacional y Especial de dibujo, matemáticas, arquitectura, escultura y ornamentos aplicados a las artes industriales; después, en 1877, tomó el nombre que lleva en la actualidad. Suponía definir el conjunto complejo que



RODIN. — "Desnudo".



POMPON. — "Pelicano".



VERDANT. — "Hierro torcido".

DECORATIVAS EN PARIS

den, no a la expresión del sentimiento, sino a la feliz expresión de una función por medio de formas y colores; dicho de otra manera, lo que yo denomino "la decoración en la vida". En 1927, la Escuela se trasladó a los locales del colegio Jesuitas de la calle Ulm. En 1890, se había añadido la escuela gratuita de dibujo para muchachas, que había sido fundada por Rosa Bonheur. La enseñanza existía, primeramente, en la práctica del dibujo copiando planchas grabadas; después de modelos de relieve y finalmente de modelos vivientes. En 1832, Billoire abrió una clase de modelado al escultor J. J. Guadet, antiguo premio de Roma y decorador. Como en la época romántica había un gran afición por la decoración vegetal, los alumnos se inspiraban en las planchas de Charles Percier, el gran arquitecto del Imperio y de la Restauración, quería mostrar a esta Escuela donde había aprendido los rudimentos de su arte con Bachelier. Llegó una parte de su fortuna. Belloc también como colaboradores a Leconte de Boisbaudran, del que ya he hablado, y a Viollet-le-Duc, quien dio un curso de historia y de composición del arte, que fue continuado por Ruprich Rott.

En 1874 se fundó el taller de aplicación decorativa, y Louis Ménard, el autor de *Reveries d'un païen mystique*, fue su animador. Los ejercicios de dibujo adquirieron cada vez más vida, Paul Renouard, después Jules Chadel, se distinguieron dando ejemplos de croquis rápidos, que se mesaban con algunos rasgos los movimientos más fugitivos. La tendencia que se manifestó fue la importancia cada vez más grande concedida a los estudios de arquitectura. En los registros se encuentran nombres de alumnos que llegaron a ser grandes arquitectos: en 1838, Dardouin; en 1840, Charles Garnier y Alfred Brion; en 1850, Train, uno de los ini-

ciadores de la arquitectura moderna; en 1867, Charles Genuys, que nombrado subdirector de la escuela donde había sido alumno, dio durante casi cincuenta años, de 1880 a 1928, lecciones inolvidables a los decoradores y a los arquitectos.

El programa de la enseñanza actual, nos dice Moussinac, actualmente director, ofrece estudios escalonados durante un período de cuatro años, sancionados con un diploma de decorador concedido a los mejores alumnos y validado por el ministerio de Educación Nacional. Una sala de la exposición está dedicada a la presentación del esquema de esta progresión escolar. Como el concurso de entrada ha sido modificado con el fin de lograr una elección más rigurosa de los candidatos, se puede orientar a los alumnos por una serie de ejercicios comunes a todos (dibujo, color, modelado, arquitectura, documentación, geometría, perspectiva, anatomía, historia del arte y de la literatura, construcción del mueble) hacia la aplicación de sus conocimientos y de sus dotes en estudios de composición durante los tres primeros años; el cuarto año está dedicado a la aplicación de los resultados de dichos ejercicios teniendo en cuenta su posible orientación hacia una especialización, arquitectura interior y mobiliaria, pintura o escultura decorativa, artes gráficas, orfebrería y joyería, hierro, cerámica, tejidos y papeles pintados, decoración teatral, etc.

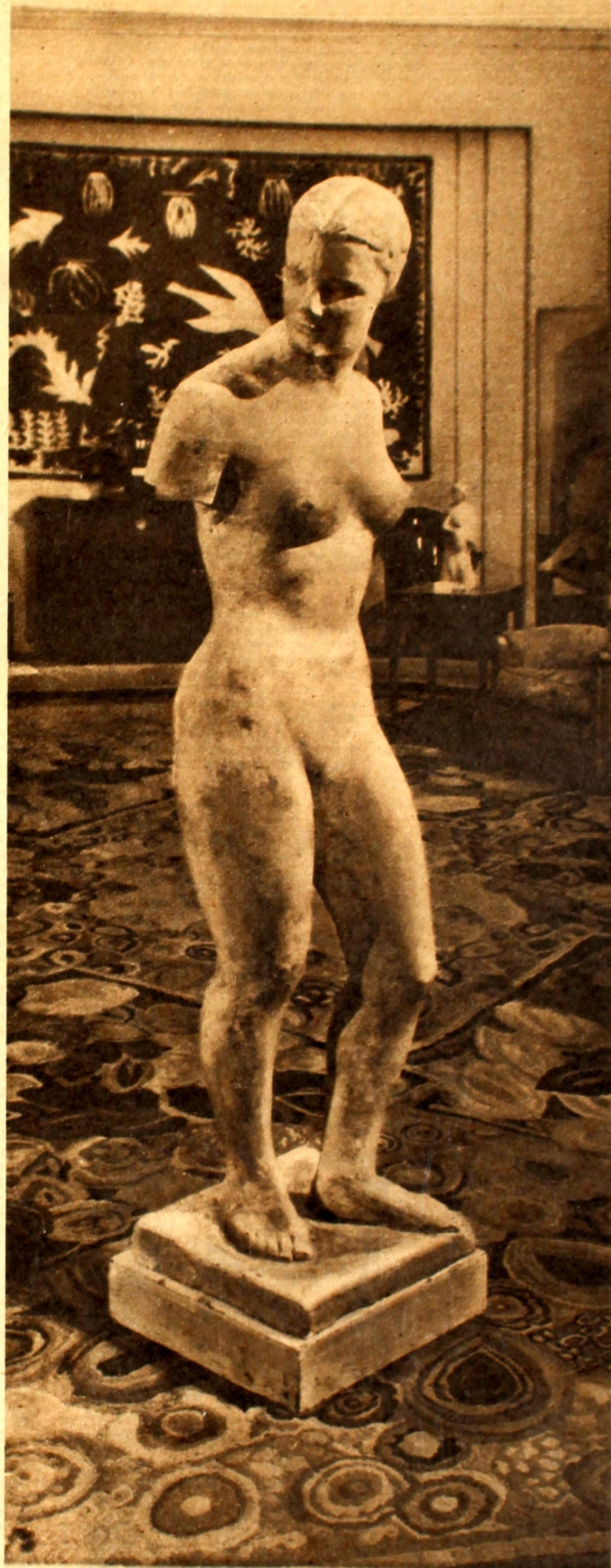
La experiencia ha demostrado que después de haber recorrido este ciclo los alumnos eran capaces de adquirir, con una gran rapidez, las nociones técnicas y prácticas que les permiten al salir de la Escuela, orientarse con más facilidad y éxito hacia el porvenir que han elegido. Todo está dirigido hacia ese porvenir que cada hombre construye con penas y glorias.

Léandro VAILLAT.

S.P.E.F. — Exclusivo de EL DIA).



MAILLOL. — "Escultura".



DESPIAU. — "Desnudo".

De los anales de San Benito

SAN Benito, más que pueblo y menos que ciudad, muy glorioso para ser aldea y muy encumbrado para ser villa, plácido y casi bucólico vecindario a orillas del Manso (arroyo digno de ser cantado por Horacio y celebrado por Virgilio) vivió años de gloria; hoy pasa por los de los recuerdos, recuerdos como aquellos que despertaron en don Quijote las tinajas que él contempló, suspirando, en casa del caballero Diego de Miranda.

Bien. Cierta tarde de setiembre la diligencia de Mántaras detuvo su andar ruidoso frente a la fonda de Gadea "el Puntiao" (pues lo estaba de unas viruelas que tuvo de mozo) y pusieron pie sobre el prestigioso barro de la calle Real (llovía mansamente) dos personas de extraño aspecto: un hombre, espeso y ancho el bigote, turbio el mirar, alto y fuerte, y una dama de blondos cabellos dorados, labios carnosos muy rojos y sensuales, tuidos los ojos, melancólico el aire. Arrogante él, firme el pisar, sonora la voz; ella, de tendida falda, vacilante el paso, recatado el modo.

De ahí a una hora todo San Benito murmuraba y el comentario se torcía y retorcia en torno a aquellos seres. Para agudizar más el clima el cuarteador de la diligencia —mulato Nieve Farias— manifestó en el boliche de Urtano Porras, poco después de "desprender", que él era brujo, que en la posta de almuerzo hizo "repeluces" con un naípe, "revolutia" con tres monedas, y un "encandile" con dos huevos. Todo se aclaró al día siguiente cuando "El Sol de San Benito" —periódico que editaba, dirigía, escribía, componía, repartía y cobraba el Cuervo Velázquez, publicó que allí habían arribado el mago sin par, caballero conde de Aranda, y Sirena Azul, su hija.

El otro día fue el del reparto de boletines —con matraca— y el otro, sábado, el del debut.

El salón de baile del Centro Fraternidad, Dicha y Cultura resplandecía. Toda la aristocracia ocupaba las primeras filas de platea y el chusmaje las últimas. Allí estaba Velázquez —merced a su entrada de periodista— grave, envuelto en negro, en el que solo blanqueaba un enorme cuello de aletas, almidonado, rígido y duro como un cepo; y Golfarini —entrada de músico— pues a su banda correspondía las sinfonías de los actos. Todo San Benito,

en fin, hizo acto de presencia. Y ante los escamoteos, pasés y floreos y repeluses insudados del conde fue el abrirse las bocas y el encogerse los corazones. Pero Golfarini y Velázquez estaban ausentes de la magia, suspendidos, cocidos y recocidos ante el esplendor de la belleza que irradiaba Sirena. Esta, envuelta en tenues tulés, con paso leve, casi flotando, iba y venía por el escenario secundando los prodigios de Aranda. Aranda hablaba torrencialmente. Sirena no descosía la boca; Aranda sudaba prestancia, fuerza y milagro, Sirena ensueño, misterio y portento. En fin: el periodista y el clarinete se hundieron fatalmente en las insondables profundidades del amor. Y cuando, como último número, Aranda, mostrando una formidable aguja colchonera expresó que con ella iba a atravesar a su hija y le iba a pasar de lado a lado veinte metros de piolín que en dicha aguja se enhebraban, Golfarini sufrió un desmayo, en tanto Velázquez corrió la daga que siempre usaba, con el fin de ultimar allí mismo al conde en caso que ella no sobreviviera a la prueba.

Clavóse la aguja en el pecho, apareció por la espalda y Aranda, sin compasión y a tirón por brazada, comenzó a pasar el piolín. Por cada rechinada que éste hacía al deslizarse ásperamente rozando el corazón de ella Golfarini tectaba los dientes y tañía sus nervios; Velázquez goteaba sudor frío y su mano se crispaba junto al gavilán del arma mortífera. Pero Sirena sobrevivió. Apagáronse las luces, fuéronse el pueblo y los taumaturgos. Y el músico y el periodista terminaron la noche empapándola, en vino aquel, en caña éste, cada cual por su lado pero suspirando en un mismo acorde.

Al día siguiente se presentó Golfarini en la fonda de Gadea. Como era barbero —su trabajo cotidiano— iba impecablemente afeitado y peinado. Llevaba un gran ramo de flores. Pidió para hablar con Aranda. Surgió éste de su habitación cubriendo sus paños menores con un ponchito de verano, rabón. Golfarini, atragantado, preguntó por Sirena. El conde le dijo que descansaba y que descansaría hasta la noche pues el trabajo que ella cumplía la dejaba totalmente aniquilada. Golfarini entregó el ramo, lanzó un suspiro y retiróse; y al retirarse se pechó con Velázquez que



(DIBUJO DEL AUTOR)

entraba. Se miraron, se sospecharon y se abrieron. Velázquez preguntó por Aranda quien de nuevo salió revoloteando el vi haré. El periodista alabó su trabajo y le prometió una crónica deslumbrante. Y preguntó por Sirena. Respuesta idéntica a la recibida por Golfarini. Entonces el Cuervo sacó de entre sus ropas un gran sobre, lo entregó a Aranda y le confió que allí iba un poema dedicado a su hija. Y con grave semblante y espaciados pasos se fue por donde vino.

Domingo. Función. Miradas ígneas y suplicantes del músico y del poeta. Aranda manifestó que, tal número, su hija Sirena lo dedicaba a unas flores, y tal otro a un poema... Y esa noche en San Benito dos volcanes arrojaron su lava al explotar las pasiones de Velázquez y Golfarini, pasiones enrojecidas de celos, odios y viejos rencores. Velázquez sacó su daga y Golfarini a punto de apelar a sus piernas las detuvo pues vio al otro contenido por veinte brazos. Y no faltó quien hablara de honor mancillado, etc., pues San Benito contaba con algún socarrón y travieso.

Hubo duelo. Aparecieron los padrinos, se consiguieron pistolas y se logró terreno para batirse. Amaneció y allí fueron, mejor dicho fue todo San Benito a presenciar la justa. Golfarini iba sereno (le habían sopladado que la pistola que usaría Velázquez sólo cargaba pólvora) el Cuervo sombrío. Quedaron en camisa, apartáronse, y cuando el Cuervo sopesaba su arma —que era gigantesca— al músico le dió por zaherir a su adversario, con un coraje nacido de la confianza que no moriría de bala. Le gritó, con destemplada y desafiante voz:

—¡Estás temblando, maua!

Velázquez, que en su naturaleza normal era un polvorín, calcinado por la noche en vela —y en caña— estalló, olvidando las nobles y severas leyes de los lances caballerescos. Arrojó la pistola y atravesó como un bólido la distancia que había entre él y Golfarini. Este que el vio venir ardiéndole los ojos y flameándole el pelo, tendió su arma. Pero Velázquez cayó sobre él, lo abrazó, lo levantó, lo abatió, se enlazó a su cuerpo, le arrancó media oreja de un mordisco y le hizo tiras la camisa de fantasía que el clarinete había llevado con miras de lucirla en aquella exhibición del valor. El periodista rugía, Golfarini aullaba, y los dos aratan la tierra.

Bueno; si no desprenden entre diez o doce al poeta del músico éste termina allí su existencia.

Al día siguiente partió el conde y su hija. Seguía lloviendo y el Paso Ancho (so-

bre el Manso) estaba lleno. Allí enderezó Gadea su diligencia (que ya por esos tiempos era legendaria). Velázquez decidió acompañar a los viajeros hasta el mismo Paso. Y allí lanzar en una mirada la desesperada expresión de su amor truncado. El panadero Chamorro le prestó el caballo del reparto y marchaba el Cuervo como Amadis cuando fue a la penitencia de la Peña Pobre. También Golfarini se despediría. Iba en el carro del lechero Ginés Mendi quien le cedió el rodado para recoger las postreras lágrimas de su quebrada pasión.

Pues bien: Nieves el cuarteador trotaba tironeando boleros, doblado bajo el peso de una feroz resaca venida de una desaforada orgía en lo de Porras. Enderezó a la corriente, gritó Gadea, espantáronse las bestias, volcóse la diligencia. Y por una de sus ventanas salieron el conde y su hija, pataleando y tragando agua. Y en este caos estalló cuando se vio algo inusitado: Sirena salió en cuatro patas, arenal afuera, sin pelo y dando unas voces más de gánán rudo que de doncella grácil. ¡Era un hombre! Allí iba su blonda cabellera corriente abajo... Y se vinieron al suelo los castillos de ensueño levantados por Velázquez y Golfarini... Y cabizbajos, músico y periodista entraron en San Benito bajo el agua con que el cielo seguía la sonata de su temporal. Y los dos Juanes cayeron, fatalmente, bajo el punzante y aleve comentario del pueblo.

Golfarini se esfumó; Velázquez aguantó la marca sin balar, como dicen, unos días. Pero cierta mañana apareció "El Sol de San Benito" en cuya primer página venía sólo el "artículo de fondo", en letras grandes y negras, ceñido por una orla gótica y titulado: "Al Pueblo". Terminaba así: "Cierre el pico, pues, San Benito, que si en lo que pasó el señor Golfarini perdió media oreja y una camisa de fantasía, al que surcribe ya se le agotó la paciencia con lo que está pasando. A la primer butifarra que se lance sobre mi persona, en esta misma página, con esta misma letra y en este mismo marco saldrán nombres como los de aquel hacendado que tiene cría grande y peonas lindas, aquella M'ia que por la negra Elvira Tabaquera manda cartitas al herrero Legarreta, etc., etc. Sólo nos vamos a escapar, precisamente, Golfarini y yo en esta lista".

Y la cuestión fue que San Benito tuvo que cerrar el pico.

José MONEGAL.

Especial para EL DIA.



OBRAS
MAESTRAS

HACIA EL CASERIO

J. SORQUILA



AZORÍN. — Retrato de Zuloaga.

EL RETIRO DE AZORÍN

AZORÍN, ya en los ochenta años, se afirma en su voluntad de silencio, en su designio de "retirarse de las letras". Arduo es el arte del escritor y Azorín prefiere, en este relativo ocaso de sus estaciones, dedicarse a volver sobre sus libros amigos, recapitular interiormente. Ir de paseo por la calle de San Jerónimo; asistir a la novela del cinematógrafo, en la que se unen la figura con la palabra y el paisaje puesto tan de presente, por más distante que estuviese.

Escribe Alone en su "Crónica Literaria", que "este silencio de Azorín suena más a recurso, ironía o lección, que a intención seria". Y, como en antes, sobre los espacios silentes del gran escritor, al margen de su retraimiento, la letra parece perseguirle, y si Martínez Ruiz se empeña en esconder su rostro severo y rasurado, por cualquier coyuntura de la calle por donde piensa marchar de incógnito, le sorprende, contra su gusto, la fotografía.

El de Azorín es antiguo y consagrado silencio. Su estilo es silencioso, mientras el de Valle Inclán es músico y el de Pío Baroja duro. Y esto no obstante, en la prosa azoriniana se cumple esa propuesta sobre la vida del estilo que consiste en el movimiento, en las transiciones. El suyo es breve, puntuado, elíptico. Entre una y otra de sus transiciones, es posible oír el silencio de Azorín, lo que no se opone en manera alguna a su posición de azor.

En 1951, cuando fuera invitado al Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, tizó su excusa en nombre de su vida recoleta: "Pudiera ir yo a México y fuera presuroso. Acheques y años me lo imoviden. Vivo recoído, entre mis libros, preocupado con el idioma, atento al vocablo exacto y a su cadencia; acento las variantes que imponen los tiempos, las sociedades, los climas..."

En su autobiografía del 98, y al referirse a su primer escrito, ya nos habla de su predestinado silencio, de la antideclamatoria sobriedad que apuntaba en su niñez de letrado: "Yo hice un pequeño discurso: es decir, lo escribí en un cuadernito, con mucho cuidado, con esa meticulosidad forzada que ponen los niños, inclinándose violentamente, apretando los labios en su empeño. Y este discurso, recuerdo que cuando llegó la ocasión —no sé qué ocasión—, yo me levanté y lo leí ante la concurrencia silenciosa. Si recuerdo que fue en el largo comedor, con mesas de mármol corridas, con sus ventanas que daban a la hueta, con sus parales, y por las que se veía, cerca, una redonda higuera verdeja. Y yo no puedo recordar, por más esfuerzos que hago, lo que decía en mi pequeña alocución; cuando la acabé de leer, los buenos escolapios que presiden la mesa callan gravemente. Y, cosa rara; es decir,

no, no, cosa muy natural; si que tengo presente, muy vivo, muy entero, el gesto benévolo y las frases lisónicas de uno de ellos... Este esclapio tan afable, ¿presentaría mi vocación? Yo no sé: tal vez me veía en el Congreso pronunciando discursos terribles; tal vez me consideraba en una cátedra diciendo cosas estupendas. Pero sus presentimientos no se han cumplido. Y yo, cuando paso por delante del Consero bajo la cabeza tristemente y pienso en esta horrible paradoja de mi vida: en haber comenzado haciendo un discurso a los ocho años, para seguir siendo un pobre hombre que no ha podido lograr un acta de diputado."

No es raro que aquel que se llama a sí mismo "el pequeño filósofo", hubiera sentido y sobre todo practicado la música del silencio. Gómez de la Serna escribe en el retrato biográfico de Azorín: "Es el amigo silencioso al que le es grata la compañía de los otros, pero que no toma parte en sus fugacidades de intención. El tiene un destino literario, y los otros, en las peñas de la bohemia, apenas saben lo que quieren, ni lo sabrán nunca". Y añade: "Por eso la turbación con que leíamos aquellas obras en las que él mismo hablaba de Azorín, ser viviente, pensante, cierto de su soledad, inasistente de los grandes prejuicios, escéptico de todo. Todo era declamatorio a su alrededor, hasta los hombres de valía eran trágicos, y sólo él asumía el valor de arquetipo. Era personaje del cinematógrafo del tiempo."

Aquel levantino nunca fué en Madrid un palero y su no inmiscuirse ni afanarse le permitieron, desde el comienzo, ir hacia los pueblos de Castilla y hacia los clásicos españoles. Tomó también el pulso a la temperatura de los nuevos días, siempre estuvo informado, acorde con las realidades y los sueños que amanecían, pero sin deslumbramiento y sin adulo para las señales que nos pudiesen convencer de que si nos preocupáramos de ellas estaríamos siempre en presente.

Clásico y también moderno, esa sobriedad de Azorín, esa ventana suya sobre el devenir, cierramente un poco alta, no se confundió, por los nuevos, con un torre de marfil. Ni se dijo jamás que por gloriarse a los clásicos Martínez Ruiz hubiera sido un espíritu con tendencia al pretérito.

Habitualmente silencioso, preferentemente retirado, sus mejores amistades fueron las de los escritores que ya no podían escribir el acuse de recibo de sus libros. Por eso es que de la calle de Jacometrazo,

la actual Gran Vía, en donde estuvo la posada de su primer alto madrileño, Azorín gustaba de salir hacia las veredas añejas de la ciudad en cuyo gris conjunto, en cuyas graciosas encrucijadas, es posible ver todavía, al trasluz, la pátina del siglo al que no sólo los antiguos dieron el nombre de dorado.

Repasó por la Calle de Cervantes y en llegando a la esquina de la casa de Quedo teñió las mejores evocaciones sobre ese madrileño defendido solo por un candil de ironía contra los fantasmas del sobresalto. Visitar la casa de Lope de Vega es bañarse un poco de inmortalidad, no sólo porque du en los pergaminos, sino también porque sobre las viejas lozas está lo que anduvo el amigo de Violante en busca de las mil criaturas de sus dramas.

El propio Ramón apunta: "No sólo se vive el pasado al pasar por los mismos sitios que Cervantes pasó, sino lo por venir. Hay una mañana idéntica, una tarde de sol llena de certezas".

De tal modo Azorín iba entrando en el dominio de sus clásicos, sin que sus simpatías dejaran de extenderse para los románticos y los modernos. Así lo supieron Rivas y Larra, porque cuando regresaba de sus visitas a los dos Luises o de su paseo de Granada a Castelar, le placía quedarse entre los papeles del Pobrecito Hablador o los romances del Duque de Rivas, cuando no iba con Baroja, a campo traviesa, en busca de ese nuevo Parnaso del Retiro, o se detenía en los libros de Jiménez, en los cuales también caminaban el silencio y la estrella con su ojo de agua.

Sus novelas fueron de acción enteramente subjetiva. Lo que pasa en el alma de ese nuevo Don Juan o de esa renovada doña Inés, en nada semejantes a los personajes de Tirso o de Zorrilla. Imposibles sus dramas para el guión del cinema. Otra su vocación pero cuán alta: precisamente la de los clásicos y de Castilla.

Ya queda dicho por autorizados escritores y lo que es más, por el testimonio de los que le han leído, como algo de lo impercedero de Azorín, está en sus ensayos sobre España y su paisaje. Pocos como él tan dispuestos por el espíritu y hasta por la física, para ir por la ruta de Don Quijote. Su recorrido por los campos manchegos es una parte de su propia vida. Allí opera su estilo directo, sustantivo, para reflejar la blanca faz de los pueblos, su especie de ascético destino. Las páginas de Azorín sobre Castilla se leen en todo tiempo su mejor biografía.

Ya se ha insinuado en varias veces la

posición difícil de no pocos viaje os frente al paisaje castellano. La calma menea a les sopla en el alma un poco de desconcierto. Pero "el ritmo de la vida, sin ruido de color ni de sangre campesina, se oye sólo en Castilla, que por eso es la encantadora de las almas más complejas".

Castilla, dentro de lo clásico de Azorín, es decir, de lo eterno, es su paisaje más logrado. Habría, plásticamente hablando, pintores que buscaron sus horizontes y sus luces, su ejemplo: austeridad, pero sólo en los limitados trozos de la tela. Azorín no. Integro se queda el paisaje en sus toques de pluma y no hay otro pintor que hubiese podido, con más acierto, dar con los justos matices de aquellos campos.

¿Cuál, entonces, el silencio de Azorín, si en sus libros están los clásicos en constante diálogo y si en su palabra nos llega el sobrio silencio castellano, y si el volteo de los molinos de viento, muchos abolidos ya, nos da en la frente cuando con él recomenzamos el recorrido de los lugares por donde fuera el flaco Don Alonso?

Azorín escribió para los periódicos, aún cuando no fuera, propiamente, un periodista. Desde sus artículos de "El Globo", fundado por Castelar, hasta los de "A.B.C.", en donde duran las notas de la víspera, comprimidas, esenciales, sobre sus clásicos que aparecen en silueta o entre comillas, pero siempre con la originalidad de descubrirlos en lo que todavía tenían de sabrosamente inédito.

Largo ha sido el camino de Azorín, aún cuando por la singular lucidez de su clasicismo y por ese tiento de eternidad con que golpea su bastón por los rincones del viejo Madrid, pueda divisar, como solo de ayer, el descubrimiento de La Chelito o el banquete de Aranjuez, de 1913, en el que corrió con tanta rebeldía como belleza, la vena oratoria que estaba guardada y que allí podía verse, entre los jardines de España, por los cuales el Troje se remanera.

Azorín ha llegado al puerto de los ochenta años, cuando decide guardar sus lápices y dedicarse únicamente a sus paseos entre libros o a ver las antiguas y nuevas comedias de la vida, en la pantalla, desde su también retirada butaca del cinematógrafo, no obstante la compañía de muchos que no pueden estorbarle en su soledad.

Para hoy, mientras Menéndez Pidal levanta su monumento de romanceros en su retiro de Chamartín, Baroja el infolio de sus memorias y Benavente cede al retrato dramático de las nuevas maneras de la sociedad, Azorín podrá decretar su definitivo silencio? Quizá se trata solamente de una de las transiciones de su noble oficio de escribir, a la postre de la cual aparecen las penúltimas páginas.

Augusto ARIAS.

(Especial para EL DIA).

AHORA
también en el Uruguay

EL NUEVO lápiz labial
HEATHER seco

En una moderna gama de nuevos colores de moda
ROSA DE JER - ROSA CLARO DE JER
TULIPAN - CICLAMOR - VIVO - ARDIENTE
MEDIANO - OSCURO - AMAPOLA

Lápiz Labial
HEATHER
(seco)



¡Qué cutis más adorable!

Tome
"SAL DE FRUTA"

ENO

Para poder lucir un cutis limpio y terso, es importantísimo que el organismo funcione normalmente. ENO desintoxica, refresca y reanima.

Effervescente y antiácida - Laxa suavemente



Te paso
el dato...

AHORA se puede
adquirir en el URUGUAY
la famosa
CREMA DE ROSAS
Louis Philippe
COLD CREAM




La fórmula exclusiva de esta crema contiene una mezcla de esencias y aromas de las rosas de Francia.

Para conservar la lozanía de su cutis, su piel, sus manos, adquiera hoy mismo un pote de CREMA DE ROSAS en cualquier farmacia o perfumería del país.

Crema de Rosas
Louis Philippe
COLD CREAM

En potes de 28 y 74 grs. aprox.

INFORMACION LOCAL



El diputado batllista señor Carlos B. Moreno, electo presidente de la Cámara de Representantes, ocupa su sitial inmediatamente después de realizada la elección.



Las integrantes de la delegación francesa de modelos que intervinieron en el Festival de la Moda, en su visita a EL DIA.



Aspecto gráfico de la visita de las modelos francesas, que las muestra en la cocina del restaurant de EL DIA.



Notas gráficas de las fiestas de carnaval, que tuvieron lugar en la Peña Andaluza, registrando aspectos de la animación que derrochó su numerosa concurrencia.



El ganador de la "Travesía de la Bahía", Antonio Gal ego, del Club Neptuno, junto a su conductor señor Alfonso Requejo.

Núcleo de competidores que intervinieron en la clásica competencia "Travesía de la Bahía".



El concertista compatriota, Julio Martínez Oyanguren, en un momento de su ejecución.



Aspecto gráfico de la jornada artística que tuvo lugar en la Facultad de Química, con motivo de la iniciación de los cursos, con un programa musical a cargo del guitarrista Martínez Oyanguren.



Acto inaugural de la exposición de pintura contemporánea de los Países Bajos en el Salón de la Comisión Nacional de Bellas Artes, con asistencia del Presidente del Consejo de Gobierno, Sr. Andrés Martínez Trueba; Ministro Zavala Muniz Sres. Serrato, Gerona, Percivalle y Arq. Lerena Acevedo inaugurando la muestra.

RABELAIS DE HOY Y DE SIEMPRE

PRONTO se celebrarán las fiestas para la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Rabelais, y se que un gran periódico literario organiza un paseo-visita a los lugares en que nació el gran hombre y en los que situó los combates de la famosa guerra picrocho-

lina. Son los mismos. Y me parece que no podía ser de otra manera. Porque, en primer lugar, (primera observación que podría calificar de "perjudicial") no es de tal modo imposible salir de nosotros, nuestra condición humana nos impone una "confrontación" tan imperativa con el de-

corado de nuestra existencia, que aun aquellos cuya imaginación parece la más libre, la más desenfrenada, no logran, sin embargo, liberarse de esa presión primordial, y se encuentra en sus más delirantes creaciones las huellas del medio físico donde les situó el azar del nacimiento o de sus vagabundeados.

Rabelais, que era la inteligencia y la ironía personificadas, debió ser el primero en divertirse de esas cosas, y a mí me parece que en cierto modo había previsto los esfuerzos posteriores de la erudición para situar las gigantescas fantasías de sus libros, en las modestas proporciones de la exactitud histórica. ¿Quién sabe si no veía en ello una especie de violación póstuma del secreto profesional? Por otra parte, hay que reconocer que desde el punto de vista "sirusiano", en el que se había instalado para juzgar la vida, le tenía sin cuidado el que se le pudiera poner al desnudo. En modo alguno hombre de Letras, somos nosotros los que concebimos tales escrúpulos con respecto a la obra de arte y a las condiciones de su génesis. Pero un ser como Rabelais tiene demasiado que hacer con las exigencias de semejante torrente de creación para preocuparse de problemas tan minúsculos, que, por otra parte, sólo se plantean muchos siglos después.

Porque, efectivamente, hemos estado durante mucho tiempo en una semi-inocencia de Rabelais (aunque gozando con sus obras), y hay que reconocer que hay que ver la causa de ese largo equívoco en ello; equívoco que sólo nos mostraba truculencia y vulgaridad, desbordamiento confuso de una ciencia escolástica, mal gusto llevado hasta la agresividad, secreta delectación por las herejías de toda clase, etc., etc.

Pero, por otra parte, yo me pregunto si a pesar de todas estas reservas y el descrédito relativo que pesa sobre un autor que se lee a escondidas y con conciencia de culpabilidad, no había una verdad más profunda en la idea que entonces se hacía uno de Rabelais que en la que se tiene —un poco fría como todo lo que es comprobado, rectificado, incluido en la norma y en lo corriente— después de los descubrimientos históricos, con los cuales tenemos que contentarnos. En una palabra, ese Rabelais de nuestros padres, sospechoso y que olía a hoguera, ese Rabelais era, a pesar de todo, un personaje fabuloso, completamente aparte en la literatura, con un estilo sabroso hasta la embriaguez y dotado de una riqueza de imaginación que sólo con desencadenarse hacía vacilar al espíritu más rebelde. Es cierto que no tenía mucho de eso que se llama corazón, como tampoco, por otra parte, sentidos, esa pseudo-sensual. No es difícil descubrir el desprecio secreto y definitivo del eclesiástico por las cosas de la carne. Desde luego, no era fácil el enternecimiento, pero su conciencia de hombre, de una inalterable pureza le mantenía en un estado de justicia que equivale, en último término, a la más auténtica filantropía. ¿Cómo es posible no adivinar este enigma psicológico en el hombre que ha pronunciado esa expresión sublime: "Ciencia sin conciencia es la pérdida del alma"? ¿No había con ello juzgado todo lo que más tarde se llamará el "cientifismo"? ¿Y también esa corriente de orgullo —que persiste hasta nuestros días—



Francois Rabelais.

de una ciencia únicamente positiva que hace abstracción de "lo humano"? Hay profetas involuntarios, y Rabelais fue uno de ellos.

Cuanto más pienso en ello más me persuade de la verdad de la tesis que acabo de sugerir: a saber, que el Rabelais semi-mítico (en todo caso completamente excepcional en la historia de las Letras fran-



Interior de la casa de Rabelais.

cesas) posee una verdad síquica muy fuerte, y sobre todo mucho más significativa que el personaje plausible, familiar, históricamente cercado y disecado por la erudición hasta en sus más pequeñas fibras, en que se ha convertido en nuestros días. Además, creo muy probable que, a pesar de esta iluminación positiva y dura a la cual se le ha sometido, volverá a caer poco a poco en la penumbra radiante y mágica en la que aparecen todos los seres dignos de la leyenda.

¿Por qué? Porque precisamente es el primer resultado de la obra en relación con su creador. Vive (cada vez más) de su propia vida... a expensas del que la ha producido. No es posible equivocarse, desde el punto de vista espiritual, si se persiste —como lo quiere la imaginación popular en su oscura sabiduría— en identificarla una y el otro. Porque si la obra es "lo que es" proviene de que el hombre que la ha hecho la ha alimentado, incluso a pesar suyo, con su propia sustancia. Se quiera o no, ya se le interroga como agnóstico puro o como esotérico complicado, ya se busquen oscuras intenciones políticas o se las rechace en principio, Rabelais continuará siendo siempre el padre de Gargantúa y Pantagruel. Ha vertido en ellos toda su superabundancia de vida. Ha proyectado sobre estos dos colosos de alegría y sabiduría toda la luz de su espíritu, divinamente sonriente y libre. Se confunde con ellos en una especie de identificación angélica y carnal.

Francis de MIOMANDRE.

S.P.E.F. Exclusivo para EL DIA.

En el
maquillaje...
¡naturalidad
es juventud!



Use siempre la base de polvos más fina y leve

Es evidente: una base de polvos gruesa, resta frescura al maquillaje... y agrega años al rostro. ¡Únicamente la naturalidad puede dar a su arreglo una encantadora apariencia juvenil! Si Ud. tiene en cuenta que, además, el maquillaje pesado acaba por perjudicar su cutis... ¡huirá de la base gruesa como de un serio enemigo de su belleza! Prefiera siempre Crema Pond's "V" como base de polvos. Crema Pond's "V" —blanca, fina, deliciosamente leve— deja sobre su tez una diáfana película que asegura la perfecta adherencia de los polvos... ¡sin dar jamás ese feo aspecto "revocado" y artificial! Por otra parte usted quedará encantada con la permanencia de ese juvenil maquillaje, siempre fresco e impecable... ¡como recién aplicado! Crema Pond's "V" —la base de polvos más liviana y natural— termina con el problema del excesivo brillo del rostro, deja "respirar" libremente el cutis... ¡y lo embellece con un arreglo verdaderamente moderno y distinguido!

CREMA POND'S "V"

...Y recuerde que no puede haber cutis lindo, claro, fresco, sin limpieza profunda: use diariamente Crema Pond's "C".



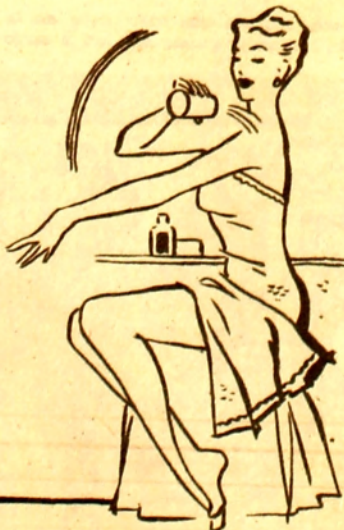
Talco
Williams

Unico en
4 perfumes

• VIOLETA • ROSA
• CLAVEL • LILA

¡Elija el Suyo!

Más suave... tamizado por seda
Más fino... perfumado con esencias de flores
Más fresco... elaborado con ingredientes purísimos



Sólo cuesta

\$ 1.50

EN TODO EL PAIS



Pantagruel. — Dibujo de Doré.



SADAR Y SUS FUERZAS MONGOLES CONTINUARON AVANZANDO, ABSORBIENDO LAS PEQUEÑAS TRIBUS DEL CONGO. CADA ATAQUE TRAÍA UNA NUEVA VICTORIA... Y EL KHAN ERA EL MAS ENTUSIASTA EN LA CELEBRACION.



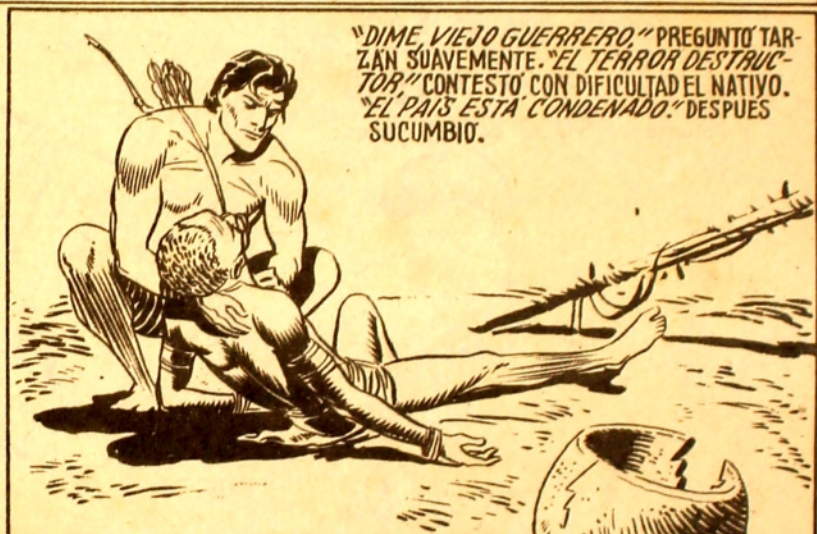
LAS RIQUEZAS COMENZARON A ACUMULARSE CON LOS SAQUEOS DE SUS VICTORIAS... Y EL AVARO MAGO CIRCO SABIA APRECIARLAS EN SU JUSTO VALOR.



CIERTO DÍA, LLEGÓ TARZÁN AL TERRITORIO ATACADO... PRONTO OYÓ EL TRONAR LEJANO DE LOS CASCOS DE LOS CABALLOS. EL POLVO SE ELEVO DE LA LLANURA, Y DE PRONTO EN UNA ALDEA NATIVA ESTALLO UN INCENDIO DESTRUCTOR.



DE LA PIRA INCENDIADA SALIÓ UN ANCIANO SOBREVIVIENTE, GRITANDO AGONIZANTE. EL HOMBRE-MONO CORRIÓ EN SU AYUDA.



"DIME, VIEJO GUERRERO" PREGUNTÓ TARZÁN SUAVEMENTE. "EL TERROR DESTRUCTOR" CONTESTÓ CON DIFICULTAD EL NATIVO. "EL PAÍS ESTÁ CONDENADO." DESPUES SUCUMBIO.



MOLESTO, TARZÁN DECIDIÓ VISITAR UNA ALDEA CERCANA, LA DEL JEFE WATAMBA. ALLÍ ENCONTRARÍA QUIZAS ALGUNA CLASE DE EXPLICACION.



SE ACERCÓ A LA EMPALIZADA SIN TOMAR PRECAUCION ALGUNA, ANUNCIANDO SU LLEGADA A SUS AMIGOS... PERO DE PRONTO, ANTE SU ESTUPOR, UNA FLECHA HOSTIL LE ROZÓ EL BRAZO.

Escuche en CX 32 todos los días de 11 a 14 horas el

MEDIODÍA DE ORO

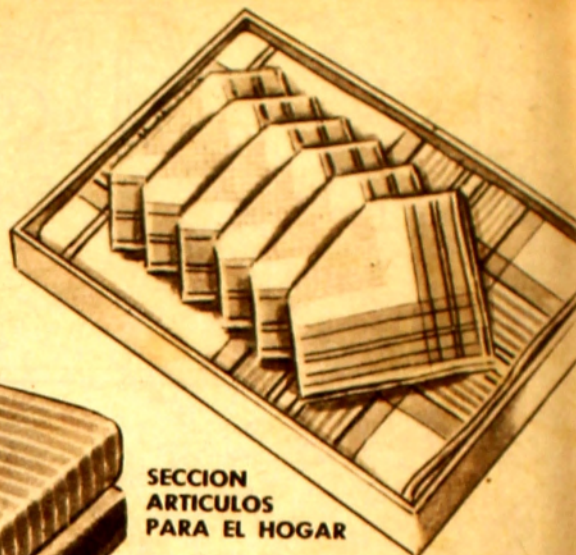
CARTELERA DE MARZO

Orquesta Típica Roberto Cuenca
Orquesta Típica Juan E. Martínez (Pirincho).
Orquesta Típica Oscar Desándalo.
Cant. Amalia Monterrey.
Alberto Moreno
Jazz Washington Oreiro.
Jazz Santiago Luz.
Alberto Morales.
Trio Luis Pasquel.
Orquesta Característica
Marietto D'Agosino.

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

SECCION TEJIDOS

Una gran oferta: Tela "Glen" lisa o fantasía, inarrugable y en colores firmes, ancho 1.00 metro, el metro **\$ 1.90**



SECCION ARTICULOS PARA EL HOGAR

Juego de mantel tipo lino procedencia belga, fondo ocre con cuadros de color - medida 1.40 x 1.40 con 6 servilletas, **\$ 8.50** el juego

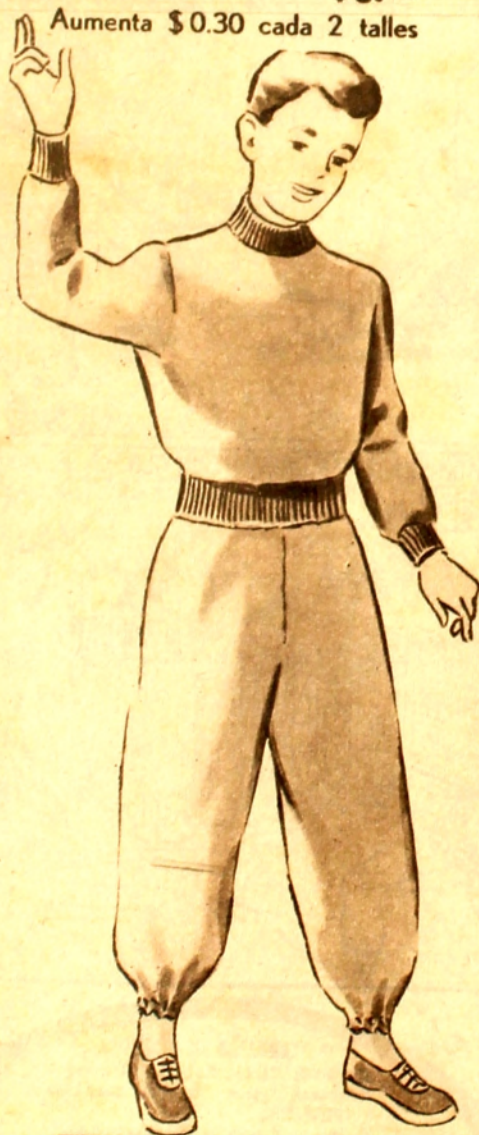
SECCION NIÑOS

Haga que sus hijos disfruten de un cómodo turismo - Conjunto de buzo y pantalón en algodón afelpado, diversos colores y todos los talles. El Buzo, talle 36 \$ 4.40, (aumenta \$ 0.30 por talle hasta el 44), talles 24 y 26 **\$ 3.50**

Aumenta \$ 0.30 cada 2 talles

El Pantalón talle 36 \$ 6.00, (aumenta \$ 0.30 por talle hasta el 44, talles 24 y 26 **\$ 5.10**

Aumenta \$ 0.30 cada 2 talles



NUESTRA OFERTA SEMANAL

es la guía permanente de la economía en el hogar



SECCION HOMBRES

Calzoncillos en tela panamá, confección esmerada y medidas completas, c/u **\$ 2.20**

SECCION FANTASIAS

Pañuelos americanos para cabeza en rayón de seda, variedad de hermosos diseños y colores, c/u **\$ 4.40**



SECCION SEÑORAS

Bombacha en jersey de seda, colores blanco, salmón y cielo, talles 46 al 52, c/u **\$ 1.20**

CLIENTES DEL INTERIOR

Dirijan sus pedidos a nuestra CASA MATRIZ - Avda. Agraciada 2302 esq. M. Sosa.



Nuestras casas permanecerán

CERRADAS

durante la Semana de Turismo.

DEFIENDA SU ECONOMIA - COMPRE AL CONTADO AGRACIADA 2302 - GRAL. FLORES 2341 - 18 DE JULIO 1601